

BABEL

Revista de Arte y Crítica

HOMENAJE AL PUEBLO ESPAÑOL
EN EL DECIMO ANIVERSARIO DE SU RESISTENCIA

1 9 3 6 — 1 9 4 6

JULIO - AGOSTO



Santiago **34** *de Chile*

Música

CASA MARGARITA FRIEDEMANN

LA FIRMA MAS IMPORTANTE DEL PAIS EN EL
RAMO DE INSTRUMENTOS Y ACCESORIOS
PARA ORQUESTAS Y BANDAS MILITARES

MUSICA IMPRESA DE LAS MAS
PRESTIGIOSAS EDITORIALES
EUROPEAS Y AMERICANAS
PIANOS CHICKERING Y MASON
AND HAMLIN

ATENDEMOS PEDIDOS DE PROVINCIAS CONTRA
REEMBOLSO

MONEDA 1027 CASILLA 3937
TELÉFONO 88360, SANTIAGO

LA TETRALOGIA BIBLICA DE THOMAS MANN

Ercilla ha lanzado una nueva y lujosa edición de los 4 volúmenes que componen la grandiosa obra conocida con el nombre genérico de JOSÉ Y SUS HERMANOS. Cada uno de ellos, que pueden leerse por separado, constituye una apasionante novela, y son otras tantas etapas de una nueva concepción de la historia y una original interpretación de sus movimientos vitales. Escrita por Thomas Mann en la cumbre de su genio, no tiene par en las letras contemporáneas tanto por lo impresionante de su trama como por lo imponente de su desarrollo. Cada volumen tiene un nombre particular:

Las Historias de Jacob.—Trata del patriarca José, su esposa Raquel y sus hijos.	\$ 75
El Joven José.—Nos hace intimar con José, protagonista central de la obra.	60
José en Egipto.—Nos pinta principalmente la pasión que José despertó en la mujer de Putifar.	90
José, el Provedor.—Aquí culmina la aventura de José, y su triunfo sobre el faraón.	90

Si estos libros no los tiene su librero, pídalos contra reembolso a:

EMPRESA ERCILLA S. A.

Agustinas 1639

Casilla 2787

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA APOLO

Pasaje Matte 88 - Tel. 66727

TODO LO QUE SE
LEE EN ESPAÑOL

EDITORIAL DEL PACIFICO — S. A. —

Ahumada 57 - Teléfono 89166
Casilla 3126

LIBRERÍA.—SALA DE
EXPOSICIONES

LIBRERIA EL SEMBRADOR

Pasaje Matte 29 - Tel. 86240

LIBROS Y REVISTAS EN INGLÉS:
LITERATURA PARA NIÑOS, LI-
BROS TÉCNICOS NOVEDADES EN
ESPAÑOL

LIBRAIRIE FRANCAISE

Estado 36 - Tel. 80504
Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS
LAS NOVEDADES

LIBRERIA LA OCASION

San Diego 125 - Tel. 89608

LIBROS RAROS, EDICIONES
CHILENAS AGOTADAS

LIBRERIA MEXICO

Bandera 445 - Tel. 88118

EDICIONES CRUZ DEL SUR

LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 - Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES
NACIONALES Y EXTRANJERAS

LIBRERIA PAX

Huérfanos 770 - Tel. 30307
Casilla 1499

REPRESENTANTE PARA CHILE
DE TODAS LAS EDICIONES
MEXICANAS

LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

Agustinas 1639 - Tel. 62222
Casilla 9351

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS
DEL SABER HUMANO

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

LIBRERIA SENECA

Huérfanos 836 - Tel. 33698
Casilla 13171

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

LIBRERIAS SPLENDOR

SANTIAGO VALPARAISO
B. O'Higgins 1626 Independencia 2042
Teléfono 89145 Teléfono 7168

LOS MEJORES Y MÁS RECIENTES
LIBROS DE FORMACIÓN RELIGIOSA

EL LIBRO: UN REGALO DIGNO Y PERDURABLE. PREFIERALO Y ELIJALO
ENTRE LAS EDICIONES NACIONALES \ CAMARA DE EDITORES DE CHILE.

EDITORIAL "CULTURA"

presenta la novedad literaria del año:
COLECCION «LA HONDA»
bajo la dirección de *Nicomedes Guzmán*

Doce autores, doce títulos: una síntesis extraordinaria de la realidad actual de Chile a través de la interpretación de nuestros mejores noveladores nuevos

EL GOLFO DE PENAS,
por Francisco A. Coloane

SINFONIA EN PIEDRA,
por Raúl Norero

VENTARRON,
por Reinaldo Lomboy

PAMPA VOLCADA,
por Mario Bahamonde

COMARCA DEL JAZMIN,
por Oscar Castro

POR EL ANCHO CAMINO DEL MAR
por Guillermo Valenzuela

UNA CASA JUNTO AL RIO,
por Gonzalo Drago

TIERRA EN CELO,
por Juan Donoso

LA BODA DEL GRILLO,
por Nicasio Tangol

SEWELL,
por Baltazar Castro

SOBRE LA BIBLIA, UN PAN DURO,
por Andrés Sabella

LA NOCHE Y LAS PALABRAS,
por Eduardo Elgueta

Valor de la suscripción \$ 250.- No se venderá por
por los 12 volúmenes: tomos separados.

SOLICITE PROSPECTOS Y SUSCRÍBASE EN:

LIBRERIA DE LA EDITORIAL CULTURA
Huérfanos 1165 — Teléfono 81291 — Casilla 4130

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

LIBRERIA UNIVERSITARIA

Edificio de la Universidad de Chile, Alameda B. O'Higgins N.º 1058,
2.º Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451

OBRAS EN VENTA APARECIDAS RECIENTEMENTE:

Amunátegui, Domingo, <i>La revolución de la Independencia.</i> \$ 40.-	Marshall, Enrique, <i>La Ciencia de la Economía, 2.ª edición. 2 tomos.</i> \$ 160.-
Amunátegui, Domingo, <i>Mi última lección de historia.</i> 40.-	Orrego Vicuña, Benjamín, <i>Páginas Escogidas. Ed. de lujo</i> 40.-
Donoso, Ricardo, <i>Estudios de Historia Política y Literaria.</i> 65.-	Pinilla, Norberto, <i>Bibliografía crítica sobre Gabriela Mistral.</i> 10.-
Housse, Rafael, <i>Las aves de Chile en su clasificación moderna.</i> 150.-	Pinilla, Lago y Rojas, <i>Panorama literario de 1842.</i> 15.-
Huneeus, Gana, <i>Nueva Paz. Imperialismo o Democracia.</i> 150.-	Pinilla, Norberto, <i>Controversia filológica de 1842.</i> 40.-
Marín B., Raúl, <i>Pascua o Rapa Nui.</i> 50.-	Pinilla, Norberto, <i>Biografía de Gabriela Mistral.</i> 20.-

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN
ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

Sabaté e Hijos

CREADORES DE MODELOS CLASICOS

EN CALZADO DE VERANO PARA

SEÑORAS

* * *

Sabaté e Hijos

ESPECIALISTAS EN LA FABRICACION

DE CALZADO PARA

NIÑOS

* * *

General Gana 1350

Teléfono 51887 Casilla 2979

SANTIAGO

United Shoe Machinery Company of Chile

Casilla 2424 — Arturo Prat 204 — Teléfono 62201

SANTIAGO



IMPORTADORES

de

MAQUINARIAS, REPUESTOS, ACCESORIOS,
MATERIAS PRIMAS PARA LAS FABRICAS
DE CALZADO, CURTIEMBRES, FABRICAS
DE HORMAS

FABRICANTES

de

TACHUELAS Y CLAVITOS ESPECIALES PARA
LA INDUSTRIA DEL CALZADO, TAPICERIAS,
FABRICAS DE HORMAS

UNA FIRMA ESPECIALISTA
AL SERVICIO
DE ESTAS INDUSTRIAS

Casa **K**oray

FABRICA DE TEJIDOS DE PUNTO

TRAJES DE BAÑO

BLUSAS

21 DE MAYO 673

TELEFONO 63638

SANTIAGO

M A D E R A S T E R C I A D A S
E N C H A P A D U R A S
E I M P O R T A C I O N E S

L E O N T A L E S N I K

San Francisco 258

Teléfono 84876

Casilla 2633

Dir. Teleg. «Talesco»

S A N T I A G O

FLORENCIO ALVAREZ

*Fábrica de Calzado
para Señoras*

ERASMO ESCALA 3281, SANTIAGO

ARTICAL Ltda.

FABRICACION
DE PRODUCTOS QUIMICOS
MAQUINAS
Y TODA CLASE DE ARTICULOS
PARA LA INDUSTRIA DEL CALZADO

Casilla 852

Teléfono 32153

SANTIAGO - CHILE

Merced 394

DISTRIBUIDORA GENERAL
DE PUBLICACIONES

JOAQUIN ALMENDROS GIMENEZ

LIBROS SOBRE LA GUERRA Y LA
ACTUALIDAD POLITICA ESPAÑOLA

EN ESPAÑA SALE EL SOL. Pedro de Basaldúa. La actuación de los Jerarcas de la Iglesia en lo que ellos llamaron cruzada y que fué en cambio el primer chispazo internacional del totalitarismo. \$ 65.00.



SOBRE TIERRA PRESTADA. Pablo de Fuente. Libro emocionante, veraz y que aporta un valioso conocimiento de la batalla de España. \$ 40.00.



REGIMEN DE FRANCO EN ESPAÑA. Tomás J. Hamilton. Vivido reportaje y testimonio valioso de un imparcial corresponsal norteamericano durante los tres años siguientes a la ocupación total de España por las fuerzas franquistas. \$ 42.00.



DOBLE ESPLENDOR. Constancia de la Mora. Libro del cual se han hecho dos ediciones en inglés y una en ruso, antes que en castellano. Vida de una mujer de la aristocracia de 1906 a 1938. \$ 65.00.



VIDA Y SACRIFICIO DE COMPANYS. Angel Osorio y Gallardo. Historia del movimiento de liberación Catalana a través de la vida de su más genuino representante. \$ 50.

LA ESCUADRA LA MANDAN LOS CABOS. Manuel de Benavides. Historia de la guerra naval que sostuvo la República española ayudada por el heroísmo de un puñado de marinos leales contra los rebeldes y contra los buques de la armada nacistafascista, enviados a las aguas de la Península en socorro del faccioso. \$ 50.00.



SUEÑOS DE GRANDEZA. Antonio Sánchez Barbudo. Considerada como la novela de la clase media española en los días inmediatos a la guerra y durante la guerra misma. \$ 60.00.



LA VELADA DE BENICARLO. Manuel Azaña. Diálogos sobre la guerra de España. \$ 25.00.



ROMANCERO DE LA GUERRA ESPAÑOLA. Recopilado por Rafael Alberti y con ilustraciones de Gori Muñoz. \$ 60.00.



LOS NUEVOS PROFETAS. Manuel de Benavides. Nuevo libro del autor de el «Ultimo Pirata del Mediterráneo». «La revolución fué así» y «La escuadra la mandan los cabos». \$ 50.00.

Ventas al por mayor

MERCED 770, TELÉFONO 33698

CASILLA 13171

Ventas al detalle

LIBRERÍA «SÉNECA»

HUÉRFANOS 836, TELÉFONO 33698

SANTIAGO

POETAS EN EL DESTIERRO

Antología de poetas españoles de la Libertad

Selección, prólogo y notas de

JOSÉ RICARDO MORALES

Poemas de:

Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, José
Moreno Villa, Pedro Salinas, Jorge Guillén,
Juan Larrea, Emilio Prados, Rafael Alberti,
Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre.

\$ 60.—

ESPAÑA Y EUROPA

por JOSÉ FERRATER MORA

\$ 15.—

**LA IRONIA, LA MUERTE Y LA
ADMIRACION**

por JOSÉ FERRATER MORA

\$ 25.—

Editorial Cruz del Sur

CASILLA 373, SANTIAGO DE CHILE

LIBRERIA
MEXICO
Bandera 445
Teléfono 88118
Santiago

LIBRERIA
CRUZ DEL SUR
Esmeralda 1068
Teléfono 6212
Valparaíso

BABEL

Revista de Arte y Critica

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL
DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN
Y SE EDIFICA LA BABEL
EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

RUBÉN DARÍO

1946

Santiago de Chile

VOLUMEN IX
NUMERO 34

DESTRUÍR LOS PUEBLOS CON
ACHAQUE DE QUE LOS ENEMI-
GOS LOS QUIEREN DESTRUÍR,
ES ADELANTAR LOS ENEMI-
GOS, NO CONTRASTARLOS NI
PREVENIRLOS. ES NO DEJAR-
LOS QUÉ HACER NI QUÉ DES-
HACER.

QUEVEDO

Arthur Koestler

La sedición

El 17 de Julio de 1936, a las once de la noche, un camión cargado de legionarios se detuvo delante del Correo Central de Larache, en el Marruecos español. Con gran sorpresa los soldados recibieron de su comandante la orden de ocupar el edificio. Era el momento en que, para dar un poco de animación a los cafés, todos los cinematógrafos de Larache ofrecen una media hora de intervalo. Un gentío se aglomera delante del Correo Central; minutos más tarde un segundo camión trae otros soldados. La voz de un «putsch» militar se difunde rápidamente entre la multitud. Los soldados — esta vez se trata de marroquíes — vacilan en entrar al edificio. El joven oficial que comanda el segundo camión se excita, dispara su revólver y mata, a boca de jarro, a uno de los soldados indecisos. Sigue un alboroto breve y confuso; y, al terminar el intervalo de los cinematógrafos, tres soldados y dos oficiales están muertos: las primeras víctimas de la guerra civil española.

Al día siguiente, los edificios públicos de Larache, Tetuán, Ceuta y otras ciudades del Marruecos español son ocupados por las tropas indígenas y la legión extranjera. Disfrazado de árabe, el general de división, Francisco Franco, llega desde las Canarias en aeroplano. Publica una proclama que es fijada en todas las calles y difundida en volantes. Se anuncia en ella que el ejército ha decidido «restablecer el orden en España», que el general Franco se ha puesto a la cabeza del movimiento, y que él «hace un llamado a los sentimientos republicanos de todos aquellos que están dispuestos a colaborar en la obra de renovación de España».

La «renovación» de España empieza por la declaración del estado de guerra, la supresión del derecho de huelga y la ejecución en el Marruecos español de tres mil soldados y civiles leales. El gobierno ordena al general sublevado someterse sin demora; sus telegramas no obtienen respuesta. El 18 de Julio, por la noche, un avión del gobierno vuela sobre los cuarteles rebeldes y lanza seis bombas sobre la comandancia militar de Tetuán y una séptima sobre el aeródromo de Larache. El general Franco responde entonces al Presidente del Consejo, en Madrid, con el siguiente telegrama, que hace fijar inmediatamente en todas las calles:

«Habiendo asumido mis nuevas funciones, elevo una protesta enérgica contra la incalificable actitud del Gobierno, que ha dado a sus pilotos orden de lanzar bombas sobre la población y sembrar la muerte entre las mujeres y los niños inocentes.

»Dentro de poco, el movimiento de renovación español triunfará en todas partes y os haremos responsables de vuestros actos.

»La represión que ejerceremos será en proporción a vuestra resistencia. Os instamos formalmente a hacer cesar la inútil efusión de sangre.

»Firmado: Don Francisco Franco.—Comandante en Jefe de las fuerzas militares en Africa.»

Este documento clásico muestra ya la táctica que la propaganda rebelde seguirá estrictamente durante las luchas próximas. Es la táctica que consiste en gritar «Al ladrón» e invertir las responsabilidades, táctica moderna del fascismo internacional, cuyo modelo pertenece al Ministerio alemán de Propaganda, pronto a ser aplicado en cualquier época, país y ocasión.

El domingo 19 de Julio, un buque y un crucero llegados de Marruecos, franquean el Estrecho de Gibraltar. Después de un corto bombardeo, el fuerte de Algeciras, situado en la orilla europea, iza la bandera blanca. Los dos navíos anclan en la rada de Algeciras y desembarcan su carga: marroquíes de turbante verde, bereberes del Rif, mercenarios africanos

de la legión extranjera. La cruzada de los bárbaros ha empezado; los moros vuelven a España.

*

El mismo 19 de Julio, la sublevación militar estalla en Madrid, Barcelona, Sevilla, Toledo, Burgos y Valladolid, así como en numerosas otras grandes ciudades con guarnición. Sin variantes casi, los oficiales rebeldes siguen por doquier el mismo principio: en el cuartel de la Montaña, en Madrid, dicen a sus soldados que los anarquistas y los comunistas han hecho la revolución en Andalucía, que han quemado la cosecha, violado a las mujeres y asesinado a los niños. En Sevilla, la capital andaluza, les dicen que los anarquistas saquean Madrid, violan a las mujeres madrileñas y queman a sus niños. En Barcelona, donde el espantajo anarquista no tiene asidero, los oficiales rebeldes declaran que es necesario salvar a la República. Sólo en Navarra, hogar tradicional de las guerras carlistas, única provincia donde una gran parte de la población simpatiza con los clericales y monárquicos, la rebelión confiesa francamente su carácter reaccionario.

Los conjurados se habían equivocado descontando una victoria por sorpresa. Las organizaciones obreras, los sindicatos y los guardias antifascistas toman la delantera; al cabo de algunas horas, el Frente Popular moviliza sus masas. Millares, decenas de millares, centenas de millares salen a la calle, se arman de cualquier modo y cercan a las tropas amotinadas en sus cuarteles. En Madrid dan cuenta de los rebeldes en veinticuatro horas, en Barcelona emplean dos días, en Toledo, tres. En los pueblos, los civiles forman comités de defensa, levantan barricadas y toman el azadón y la guadaña para defender a la República.

Fuera de Marruecos, la sublevación no prospera sino en las ciudades donde hay comandos superiores y fuertes guarniciones; en Sevilla, donde se hallan concentradas las más numerosas unidades del sur; en Zaragoza, sede de las academias militares más importantes, y donde, por lo mismo, el número

de oficiales es particularmente elevado; en Burgos, Valladolid, Vigo, la Coruña, ciudades de guarnición. Al mismo tiempo son las ciudades en donde, como medida de precaución, el Estado Mayor ha concentrado los más grandes depósitos de armas y de municiones.

Todas las otras ciudades de cierta importancia, todos los distritos rurales, en suma, la mayoría aplastante de la población, permanece fiel a la República.

La guerra civil empieza.

¿Quiénes son los adversarios? ¿Sobre qué fuerzas se apoyan los conjurados? ¿Qué perspectivas, probabilidades y garantías tienen? ¿Cómo ha podido osar una camarilla reaccionaria el intento de imponer a toda la nación española su voluntad, cinco meses después que esta nación, en elecciones a las Cortes, el 16 de Febrero de 1936, se había pronunciado por la democracia y contra el fascismo?

Se arriesgaron porque:

a) Les fué asegurada una activa ayuda política y militar de los tres Estados fascistas de Europa: Alemania, Italia y Portugal, Estados de los que se sentían procuradores y cuyas instrucciones obedecían;

b) Porque disponían de un ejército en el exterior, de los moros y la Legión extranjera, de las tropas de choque de la Falange y los carlistas, además de la mayoría de los oficiales y de los más importantes depósitos de armas y municiones;

c) Porque contaban con tomar el país por asalto, paralizar la resistencia de las masas inermes y sin conocimiento alguno de la guerra, por un terror totalmente medioeval, que liquidara esa resistencia en pocos días.

Examinemos detalladamente los tres elementos.

a) *Ayuda extranjera.*

«Una ojeada al mapa de España muestra la importancia estratégica de este país en el caso de una guerra franco-alemana...»

Así empieza un informe que data del mes de Mayo de 1935 redactado por M. Reder, jefe del servicio alemán de prensa en España; estas palabras son el *leitmotiv* de la política alemana desde el advenimiento del nacional socialismo al poder.

Los ficheros encontrados después del levantamiento, en la dirección de la prensa nazi, en Barcelona, revelan que 22 diarios españoles debían ser considerados como órganos hitleristas, entre ellos el diario *ABC.*, el más importante de España. La ficha del diario *Informaciones*, pertenencia de Gil Robles, lleva la siguiente mención: «Puede considerarse como el vocero de Alemania.» La ficha indica al mismo tiempo el nombre del financista del vocero de Goebbels y Gil Robles: Juan March, ex-agente de enlace del Alto Comando alemán durante la gran guerra y después banquero de la sublevación...

De una manera metódica, la República española era minada. Los emisarios del Tercer Reich, tan numerosos como difíciles de descubrir — cónsules y representantes diplomáticos, Partido nacional socialista, Frente alemán del trabajo, Unión de mujeres alemanas, «Fichtebund», casas alemanas de exportación, compañías navieras, y sobre todo la Gestapo —, colaboraban estrechamente entre ellos. El cordón pardo iba estrechando a España. Al mismo tiempo, en Berlín, la organización llamada «Anti-Komintern» — organización dirigida por Goebbels y Rosenberg para procurar a los partidos fascistas de todos los países la documentación «necesaria» — organizaba cursos para los miembros de la Falange española. Entre el jefe de la Falange, Primo de Rivera y el jefe de las Juventudes hitleristas, Baldur von Schirach las relaciones eran íntimas. Servíales de agente de enlace el doctor Laserna.

Cinco mil nazis estaban encargados en España de la difusión del fascismo español; a ellos pertenece la obra de preparación de la revuelta. Los preparativos directos de la rebelión salen de los medios de la Reichswehr y de los propios generales españoles.

Entre Febrero y Marzo de 1936, el general Sanjurjo, presunto jefe de la sublevación, hace una visita a Berlín, donde es huésped personal de Adolfo Hitler. Allí toma contacto con las fábricas alemanas de armamentos y consigue contratar diversas entregas para los rebeldes, además de celebrar importantes conferencias políticas.

En el mes de Mayo tienen lugar en Alicante y Lisboa acuerdos definitivos entre los jefes rebeldes y los delegados alemanes e italianos.

El 15 de Julio, tres días antes de la sublevación, las autoridades italianas reclutan pilotos de esa nacionalidad para llevar al Marruecos español una escuadrilla de bombarderos Caproni. Las autoridades italianas, que han colaborado, pues, tres días antes con los conspiradores españoles, son entonces asimismo sus cómplices.

El 18 de Julio estalla la sublevación.

Quince días más tarde los rebeldes poseen una fuerza aérea flamante, compuesta de aviones alemanes e italianos, pilotos, mecánicos e instructores de igual origen. A las puertas de Badajoz combaten ya tanques italianos; y delante de Irún la artillería pesada de los alemanes arroja ya sus obuses. Junto con el material inundan el país los técnicos, desde los mecánicos de los carros de asalto hasta los oficiales del Estado Mayor. En Mallorca los italianos desembarcan tropas regulares. A fines de Octubre, la más grande de las Baleares pasa prácticamente a poder de los italianos. Semana a semana, aumentan los elementos extranjeros en el ejército rebelde. A mediados de Noviembre, Mr. Frank L. Kluckhohn, corresponsal de *New York Times*, consigna:

«El ejército de los rebeldes no es el mismo de los comienzos de la insurrección. Los pilares del ejército del general Franco son ahora los *italianos*, los *alemanes* y los *moros*...»

El 18 de Noviembre, mientras la capital y el 60% del país están en manos del gobierno legal, Alemania e Italia reconocen la soberanía de Franco en España. Así conceden carácter oficial a su complicidad en la preparación y ejecución

de la revuelta. El 30 de Noviembre los alemanes desembarcan en Cádiz 6,000 hombres de infantería regular, disfrazados de falangistas.

b) *La organización del ejército español.*

En la vida política española los oficiales y los funcionarios jugaban un papel de primer orden. Como en todos los países donde el feudalismo tiene fuertes raíces, los cargos superiores de la administración y del ejército eran ocupados por los hombres pertenecientes a esta casta. El número de oficiales, especialmente oficiales superiores, era inmenso. En 1931 el ejército español comprendía 105,000 hombres y había 195 generales, 5,938 oficiales con rangos superiores al rango de capitán, 5,281 capitanes y 5,707 oficiales subalternos. A estas cifras hay que agregar los oficiales de reserva: 437 generales y 407 oficiales superiores.

En el ejército español hay que contar pues, sobre 538 soldados un general activo; sobre 10 soldados, un oficial cuyo rango varía entre capitán y coronel; sobre cada 6 soldados un oficial. (Anuario estadístico de 1931.)

A título de comparación: el ejército francés tenía en 1935, un oficial por cada 19 soldados. Lo que quiere decir que el ejército español tenía comparativamente tres veces más oficiales que el ejército francés.

En otro tiempo, esta organización del ejército español provocaba frecuentes sonrisas; después de un siglo sin hacer la guerra, se lo tenía por un «ejército de opereta». Nada más erróneo. El ejército español no fué nunca un ejército de opereta, sino un *ejército de guerra civil*.

Desde siempre, la tradición política española empujaba a los oficiales a la formación de las llamadas «Juntas», que de modo autónomo insurreccionaban, conspiraban y hacían política, política determinada siempre por los intereses de la clase dominante de la que habían salido los propios oficiales. Todas las peripecias reaccionarias que pueden descubrirse en

la historia moderna de España, fueron inauguradas o determinadas por las «Juntas». Un pronunciamiento de oficiales instauró la dictadura del general Primo de Rivera.

La República no había tenido éxito en la «republicanización» del ejército. En Junio, un escritor de izquierda escribía en un diario de Madrid: «Sólo hay pocos oficiales republicanos. Se me dijo que un 3% y he querido verificar el dato, pero entonces, un oficial relacionado con el presidente del Consejo, me declaró: vuestro informador es optimista.»

Cuatro años después de la proclamación de la República, cuatro meses después del triunfo del «Frente Popular», todavía estaba prohibida en la mayoría de los cuarteles españoles, la entrada de los periódicos liberales y, ni qué decir, los diarios obreros. Los oficiales hacían circular entre sus hombres los folletos clandestinos de la Falange y formaban células fascistas.

Sin embargo, desconfiaban de sus hombres, que se pasaron efectivamente en Madrid y en Cataluña al campo gubernamental, y en su proyecto de «Renovación de España», se basaron desde un principio en los moros y en la Legión extranjera.

Huelga dar aquí las características de la Legión extranjera, ejército mercenario del siglo xx; en el curso de los acontecimientos de Asturias ella demostró con horrible claridad su aptitud para la masacre organizada.

En cuanto al ejército indígena en servicio en Marruecos, éste contaba a comienzos de 1936 alrededor de 12,000 hombres; pero al cabo de tres meses de guerra civil, el número de moros que peleaban en España fué calculado en 40,000. Franco integró sus reservas reclutando a semisalvajes en las tribus del desierto. No eran más tropas indígenas regulares; eran guerreros bárbaros, de un candor imbécil, a quienes los cabos colgaban al cuello escapularios y crucifijos diciéndoles que se trataba de amuletos milagrosos.

La Falange Española, tropa de choque del fascismo español, propiamente dicho, fué fundada por José Antonio

Primo de Rivera, hijo del dictador. Después de las elecciones de Febrero, la Falange gana terreno rápidamente. La casta señorial viendo amenazados sus privilegios por el triunfo de los partidos democráticos, endosa el uniforme a sus hijos; los pequeños burgueses con tendencias fascistas, imitan su ejemplo.

Pocas palabras bastan para indicar el programa de la Falange; estado corporativo, principio del *Führer* (en rigor, aceptaría hasta un rey, aunque Alfonso XIII no estaba de parte de los jóvenes falangistas); por último, «reforma agraria nacional sin expropiación» — lo que vale decir ninguna reforma. Aquí también los «por» estaban subordinados a los «contra» — contra los marxistas, contra los judíos, contra los masones. La consigna contra el capitalismo pasa a segundo término; España vive todavía en una era semifeudal. Predomina, en cambio, el odio a los masones, porque la masonería juega en efecto un papel importante en las clases liberales y avanzadas de España.

Se trata de matices, es verdad. Pero en el fondo qué bien refleja la Falange los rasgos ideológicos del fascismo alemán, italiano y francés. Si bien sus manifestaciones son ya conocidas de modo inquietante: la Falange se reserva sobre todo el papel de policía auxiliar.

E. L. Taylor, corresponsal de *Chicago Tribune*, y uno de los más grandes conocedores de la guerra civil española ha resumido en una frase la característica de la Falange:

«En los combates, propiamente dicho, su papel es secundario; pero le gusta asumir el papel de policía y encargarse de las ejecuciones en la retaguardia.»

c) *La teoría del terror sistemático.*

Los rebeldes españoles llegaron como un ejército de invasión, extraño al país. Su grueso estaba formado por tropas coloniales; pero aun éstas eran limitadas. Estaban bien instruidas, bien equipadas; pero no eran numerosas. La tarea que les incumbía, entre Gibraltar y los Pirineos, era nada menos que conquistar un país de 25.000.000 de almas;

y no sólo conquistarlo, sino mantenerse en él y permitir la instauración de una dictadura militar. Así que no tenían para ello más que un solo método: el terror. Pero el terror tiene también sus matices, su historia, su teoría. El nacional socialismo lo ha elevado a una ciencia. La doctrina de la «guerra total» es aplicable asimismo al enemigo interior.

El fascismo español ha adoptado fielmente hasta en los detalles, los métodos del terror nacional socialista. Franco también quiere hacer entrar a su país en un estado de catalepsia, a fin de quebrar toda resistencia. Para él no cuenta el número de los asesinados; adopta los métodos más infernales para conseguir su propósito de quebrar la fuerza combativa de las masas.

Diez días después de la sublevación, el enviado especial de *News Chronicle* es recibido por el comandante en jefe de la revuelta, general Franco, que le declara:

1.º Que está decidido a provocar un conflicto internacional si su plan fracasa.

2.º Que no vacilará en fusilar a la mitad de la nación española para conseguir su objeto. (*News Chronicle*, 29 de Julio, 1936.)

Se puede considerar esta declaración como el programa de la guerra civil. El terror, lejos de ser un detalle de la revuelta, es simplemente la función vital. Badajoz, Irún, Toledo, Madrid: cada etapa prueba la importancia decisiva, tanto práctica como teórica, que la sublevación militar atribuye a la masacre organizada. En muchas ocasiones los jefes de la sublevación lo declaran francamente. En muchas ocasiones, Queipo de Llano ha anunciado en la Radio de Sevilla que su propósito no es sólo vencer sino exterminar a sus enemigos. Después de la toma de Badajoz el teniente coronel Yagüe declara al representante del *Deutsches Nachrichten Bureau*, lo que sigue:

«La lentitud con que España es conquistada por el grupo militar, comporta la ventaja de permitir una depuración definitiva del país de todos sus elementos rojos...»

Pero el documento más importante sobre la táctica del terror sistemático, previsto desde un comienzo por los rebeldes, fué encontrado el 28 de Julio de 1936, en posesión de Manuel Carrache, oficial perjuro, hecho prisionero en el frente de Guadalajara. Se trata de una circular dirigida a los oficiales superiores del ejército rebelde. Reproducimos a continuación algunos acápites:

«Una de las condiciones esenciales de la victoria consiste en quebrar la moral de las tropas enemigas.

»Para ocupar el territorio es indispensable inspirar a la población cierto saludable horror.

»Al ocupar un pueblo es preciso ante todo hacerse respetar de los funcionarios que se encuentren en él; en caso de que hubiesen emprendido la fuga es necesario aplicar el mismo procedimiento a los miembros de sus familias.

»Una regla se impone: todas las medidas a tomar deben ser espectaculares e impresionantes.

»Es indispensable que en cada pueblo conquistado los informes concernientes a la actitud de los individuos a juzgar se tomen delante del cura o de personas de confianza.»



En un sólo día de visión rápida, de absoluto recobro, de entera incorporación, nuestro pueblo tomó su puesto en todos los frentes contra la traición militar preparada año tras año en medio de su noble confianza. ¡Y con qué frenético entusiasmo! El contrario engaño armaba su conciencia.

JUAN RAMÓN JIMENEZ

Don Paquito

Es muy probable que cuando el verdadero juicio histórico recaiga sobre la cruzada fascista de 1936, Francisco Franco aparezca, no como un general de tantos, más o menos mercenario, traidor y asesino y glorioso, sino como una especie de archijudas. En efecto, tal vez nunca se habrá visto hombre alguno en la historia volverse más fría y bestialmente y con más entrañable alevosía contra la carne viva de su propio pueblo y contra la más sagrada esperanza humana. La restauración a sangre y fuego de la España Negra (con su nobleza cretinizada y zángana, su clero avampirado, su burguesía rapaz y alcahueta de la rapiña extranjera); los cuarenta mil moros a tanto por día, con el escapulario y el Sagrado Corazón encima, atacando, borrachos casi siempre, abierto el hocico y con un consejo de guerra detrás de ellos, y fusilando, por anticristianos, a los campesinos en las gradas de los altares; los cuarenta mil voluntarios... cazados por Mussolini en las aldeas de Italia y enviados en unidades totalmente motorizadas y con armas ultramodernas; los enjambres de aviones y técnicos voluntarios... de Hitler; la fervientísima aviación católica bombardeando todas las ciudades republicanas, incendiando con preferencia los barrios pobres, los hospitales, los asilos, y, sobre todo, a los millares de mujeres, niños y viejos que hacen cola frente a los almacenes de racionamiento, o ametrallando a los bomberos que intentan apagar los incendios — el olor de los bombardeos, de la tierra aventada a las nubes y de la carne humana asada infestando todo el aire de España —; los olivos, banderas de la paz y la labor españolas, acribillados por los obuses; los curas, polizontes con crucifijos, procurando confesar a toda costa a los obreros

condenados a muerte (gracias a su delación) para... perdonarlos; los fascistas gritando a los campesinos en el instante en que caen fusilados: «Queréis la tierra: ¡ahí la tenéis!»; la circular del generalísimo: «Para ocupar el territorio es indispensable inspirar a la población cierto saludable horror...» «En vista del gran número de mujeres que combaten en el campo adverso, no se debe tener en cuenta el sexo de esos militantes»; la condena de la mente española, expresa desde el asesinato de García Lorca hasta la destitución del cargo oficial del primer escritor de España; la tenebrosa «limpieza social» en las retaguardias, y la carnicería de republicanos, en masa, por millares y decenas de millares, hasta hacer un paraíso sádico de cada ciudad ocupada: Irún, Toledo, Badajoz, Málaga, Bilbao, Toledo, Madrid; los ciento cincuenta mil malagueños (de los doscientos mil habitantes de la ciudad) escapando entre el *sálvese quien pueda* del «Libertador de España» y copados en su huída por los cañones - ametralladoras de los *Caproni* del Duce; el Tercio, jauría de hienas de alquiler atraílladas por Millán Astray, el general que grita en la Salamanca de Unamuno: «Muera la inteligencia, ¡viva la muerte!»; la causa de todo un pueblo defendida con grandiosidad de león herido, por todo un pueblo que avanza al paso de sus alpargatas rotas: asaltando tanques con granadas de mano o fortalezas con fusiles de caza, atacando en Asturias con cartuchos de dinamita, en Triana con cuchillos, con hondas en Córdoba, mientras a millares sus mujeres combaten a su lado, sin desmerecer su compañía heroica: ayudados también — anuncio de la gran aurora humana — por los elementos del proletariado de afuera que no han dejado podrirse en sí la dignidad del hombre; venidos de las cuatro esquinas del mundo: croatas, franceses, belgas, búlgaros, yanquis, americanos del sur, italianos, irlandeses, suecos, yugoeslavos, judíos, canadienses, mexicanos, chinos; la esperanza milenaria de la fraternidad mundial saludada por la Internacional coreada a un tiempo en quince idiomas distintos; todo ello, todo, indica que lo hecho por los fascismos y las democracias imperialistas

valiéndose de los generales—visires y sobre todo del tenebroso irresponsable, del Generalísimo de la Orden de los Cementerios («don Paquito, el enano de Salamanca» del desprecio popular) equivale no a la restauración del pintoresco Alfonso con su pintoresco Primo de Rivera: sino a la de Felipe II, aumentado y... motorizado.



No creemos que haya un solo amigo de España ni un español de América dispuesto a aceptar el marroquismo franquista.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

Católicamente Franco ha sido eso: un traidor. Su drama—como los mejores dramas morales del viejo teatro hispánico—se haría en torno de dos ideas: la Traición y la necesaria venganza del pueblo español.

MARIANO PICON SALAS

Puede no estar claro qué es lo que quiere el pueblo español. Pero lo que no quiere está suficientemente claro: al general Franco.

THOMAS MANN

Enrique Espinosa

Conciencia histórica

A pesar de la muerte, estos varones
con metal y relámpagos igual que los escudos,
hacen retroceder a los cañones
acobardados, temblorosos, mudos.

MIGUEL HERNÁNDEZ

Cuando la España Negra del convento y la caserna ensangrentó de golpe a la otra del trabajo y la República, con las bendiciones del clero hasta para los marroquíes equipados por los generales rifeños, el pueblo, el auténtico pueblo español, supo afrontar «la gran cruzada» con menos desconcierto que sus famosos literatos.

Estos, que un lustro antes declaráronse voluntariamente «al servicio de la República» — en los altos cargos representativos, desde luego—, no sólo fueron incapaces de prever la hecatombe, sino que, salvo excepciones honrosísimas, trataron de ponerse tarde o temprano *au dessus de la mêlée*, según la caduca receta de Romain Rolland.

El comportamiento equívoco de Ortega y Gasset, Azorín, Pérez de Ayala, Menéndez y Pidal, Gómez de la Serna, Marañón, Benavente y compañía, ilustra demasiado cuánto puede argüirse al respecto.

La dramática muerte de Unamuno — extraviado a tal punto en su odio al Presidente Azaña, que no vacila en recomendarle la carta y el suicidio de Balmaceda — importa quizá una redención, pues fué asimismo, en la plenitud de su genio, un hombre libre. ¿Podía olvidar acaso el estúpido fusilamiento de García Lorca en Granada?

¡Qué juicio tan exacto el de Antonio Machado sobre la hermosa ciudad andaluza — «una de las ciudades más beocias de España» — y su poeta!, cuando dice refiriéndose a una y otro:

«Fácil le hubiera sido probar a los verdugos del fascio que Lorca era políticamente inocuo y que el pueblo que Federico amaba y cuyas canciones recogía, no era el que canta la Internacional.»

En verdad, el socialismo, a fuer de pensamiento moderno, apenas tiene tradición literaria en la Península. Unamuno es el escritor español más considerable que colabora un tiempo en *La lucha de clases* de Bilbao. (Ramiro de Maeztu se creía entonces ácrata como Rafael Barret.) Pero junto a este indomable ensayista de los yerbales paraguayos sólo es digno de mención el malogrado autor de *Las fábulas del errabundo*, Tomás Meabe, a quien pertenecen las siguientes palabras definitivas:

«Los socialistas no somos enemigos de conquistar. Precisamente nos esforzamos porque los españoles conquisten de una vez las tierras de España para que no tengan que escapar por hambre a tierras extranjeras y para que sean aquí material y espiritualmente independientes.»

No hay otro escritor semejante a lo largo de todo aquel período, pues la literatura española de inspiración marxista, siempre ha sido escasa y pobre hasta en traducciones, si se la compara con la europea o rusa en particular.

Luis Araquistain, que a la víspera de la revolución de Asturias dirigía en Madrid una revista orientada en aquel sentido, así lo reconoce al decir en su Paralelo entre la revolución rusa y la española: «El socialismo en España debe muy poco a los intelectuales indígenas.»

Profundizando el citado Paralelo, el director de *Leviatán* señalaba que mientras en Rusia fueron los intelectuales quienes forjaron la teoría que hizo invencibles a los obreros que dormitaban bajo sueños confusos, en España son los obreros quienes echan los cimientos del marxismo, mientras los intelectuales dormitan bajo iguales sueños.

Pero a falta de auténticos profetas, después de Joaquín Costa y Angel Ganivet,¹ el pueblo español cuenta en la guerra imprevista que le arman sus generales perjuros, con casi todos

sus fieles poetas. Desde Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, hasta Rafael Alberti y Miguel Hernández, entre los más jóvenes, pasando por Moreno Villa y León Felipe, además de los hispanoamericanos: César Vallejo y Pablo Neruda.

Un verdadero renacimiento poético, especialmente del romance, grato a la memoria de García Lorca, se produce al principio de la contienda en toda la España leal. Número a número, *El Mono Azul* publica una doble página representativa de su auge incontenible.

Pronto al pequeño semanario de los romances sucede una excelente revista mensual, *Hora de España*, con un ensayo de Antonio Machado en cada entrega. El viejo poeta de «La tierra de Alvargonzález» recoge allí, en un discurso que sobre la cultura y el pueblo pronuncia en el segundo Congreso internacional de escritores reunido en Valencia, su finísimo elogio de «Los milicianos de 1936», cuyo patriotismo exalta de continuo en toda su prosa última.

Basta para destacarlo una sentencia de las muchas que Antonio Machado atribuye a su maestro apócrifo: «La patria es en España — decía Juan de Mairena — un sentimiento esencialmente popular, del cual suelen jactarse los señoritos. En los trances más duros los señoritos la invocan y la venden, el pueblo la compra con su sangre y no la mienta siquiera. Si algún día tuviéreis que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en poneros del lado del pueblo, que es el lado de España, aunque las banderas populares ostenten los lemas más abstractos. Si el pueblo canta la marsellesa, la canta en español. Si algún día grita ¡viva Rusia! pensad que la Rusia de ese grito del pueblo, si es en guerra civil, puede ser mucho más española que la España de sus adversarios.»

Si hay algún poeta que de antiguo tiene conciencia de lo que ocurre a su vera, ese no es otro que Antonio Machado.

¹ El solemne augur de la «Revista de Occidente» sólo acertó a pronosticar *el ocaso de las revoluciones y la rebelión de las masas...*

En un plano distinto revela igual conciencia León Felipe, a quien la guerra encuentra en Panamá dictando conferencias sobre lo español, después de haber pasado algunos años en México y Nueva York. De ahí el título, en inglés, de su libro, *Drop a Star*, y el de su aún más extraordinario adiós al Istmo, *Good bye, Panama*, poco antes de su regreso.

Como hijo pródigo en el sentido menos entrevisto de la vieja parábola, León Felipe ofrece a sus hermanos de Madrid una informe alocución poemática, «La insignia», que acusa de modo indudable su paso por América de la mano de Walt Whitman. La figura del bardo español se agiganta en «El payaso de las bofetadas y el pescador de caña», que termina con un flamígero envío al entonces Jefe del Almirantazgo de Inglaterra, Lord Duff Cooper, cuya torpe lengua en el Parlamento decía: «Todo lo que hoy se ventila en España no vale la vida de un marinero inglés.»

El grito entrañable de León Felipe alcanza expresión más clásica en el genial campesino de Orihuela, Miguel Hernández, que había de morir después de la guerra en una cárcel franquista. La fuerza emotiva de *Viento del pueblo*, *El niño yuntero*, *Recoged esta voz*, asegúrale a Hernández un lugar definitivo en las antologías junto a Emilio Prados, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Lorenzo Varela y demás poetas de la España popular.

Un precursor de todos ellos, no sólo en el campo lírico, es sin duda Rafael Alberti, a partir de la salvaje represión de Asturias. Su ingeniosa farsa para guiñol, *Los salvadores de España*, merece las páginas del libro con cuánto verso ígneo acumula en *El burro explosivo* y otras piezas por el estilo.

La poesía hispanoamericana está representada en la coyuntura histórica por dos volúmenes muy singulares. El primero *España, aparta de mí este cáliz*, de César Vallejo, muerto en París, a mediados de Abril de 1938; el segundo, de Pablo Neruda: *España en el corazón*, impreso en el frente de Madrid en un papel fabricado por los propios milicianos.

A las voces de Neruda y de Vallejo hay que sumar en nuestro continente muchas otras, inspiradas asimismo en la gran tradición de los cantores de la Independencia. Aquellos bravos románticos execraron para siempre a estos verdugos de la segunda República en sus abuelos, que fueron por cierto igualmente inhumanos aquí, en Chile, durante la Reconquista. Y no sólo aquí.

Quien quiera ponerlo en duda no tiene más que ajustarse al tenor de los siguientes versos del Himno nacional argentino:

*¿No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?*

Ahora le ha tocado aún mayor estrago a la propia Patria Vieja por excelencia. Pero después de tanta sangre derramada es fácil vaticinar que la jactanciosa «voluntad de Imperio» acabará en España como en Italia y Alemania; y que no será tampoco distinto al de sus compadres Hitler y Mussolini, el fin del pequeño y pomposo Francisco, Paulino, Herme-negildo, Teódulo Franco Bahamonde.



Los defensores de la República Española — derrotados por la conflagración del mundo — merecen, cuando menos, el respeto de todos los mexicanos, sin distinción alguna. Aquí también hemos visto a la patria dividida en dos bandos, y a uno de ellos acudir al auxilio extranjero, de que resultó una funesta intervención y un imperio efímero. Y nadie puede poner seriamente en duda de qué lado estuvo el camino de la salvación nacional. Habrá quien lo intente, haciendo cubileos con la historia para engañar bobos y alardear de original. Pero, en materia de historia, hay que reirse de estas ingeniosidades que nos presentan lo negro como blanco y viceversa, y del «ya lo viste seco, míralo mojado»; cosas que sólo pueden tolerarse como juegos de sociedad. El valor y la constancia en un ideal, que arrostran todos los sacrificios, siempre merecieron y siempre deben merecer la veneración de un pueblo como el nuestro, que sabe bien lo que es defenderse sin alimentos y sin armas, bajo la campana neumática que le crea el recelo del mundo.

ALFONSO REYES

Juencio Valle

Laurel a Pasionaria

*Alta madre española, al hacer tu recuerdo
recorro al agua, al agua imponderable,
es decir te separo, te preservo, te elevo,
y te saludo de azul con mi pañuelo:
madre, mesa florida, servilleta de lino,
cuchara de plaqué, mantel de trigo.*

*Dulce dueña de casa, me digo, poseído,
cómo seguir de nuevo la huella de tu lámpara,
cómo encontrar la sal de la familia:
el viejo sillón de paja, la cariñosa lumbre,
el pan santificado, la dirección sin miedo.
En ese tiempo sin ojos y sin bonanzas,
como encontrar el rumbo de la casa.*

*Madre pastora, pienso, qué firme es tu cayado
y qué húmeda tu zampoña entre los juncos,
qué amorosas y puras, madre, tus madresevas,
qué elevada y qué roja tu pasión Pasionaria.
Dolores, qué dolorida la flor de tus heridas.
qué crecidos tus ríos de arrastrar tanta lágrima.*

*En dónde están hoy día tus numerosos hijos,
erguidos capitanes, hombres de barba y lanza,
endurecidos caballeros que vienen haciendo historia
desde los tiempos de Ruy Díaz hasta ahora.*

BABEL

*(Tú, Miguel de Cervantes, manco, escritor, soldado,
Francisco de Quevedo y Villegas, poeta,
Señor de la Villa de Juan Abad, que fuiste
preso tantas veces por amor y por deudas.)*

*En dónde están hoy día tus numerosos hijos,
semidioses forjados al pie de la batalla,
Francisco, Diego, Pedro, José, Tomás, Santiago:
sólo de enumerarlos florece nuestra lengua.
Federico García Lorca y su guitarra,
Miguel Hernández, pastor y su ganado.*

*Oh madre desgarrada, te conocí en tu puesto,
bien nimbada de pólvora y de flores,
más alta que las torres de España te sentía,
madre esperanza, madre encina, madre oliva.*

*Sencilla, pura, hermosa, transparente,
bien vestida de patria, sobre tu voz erguida,
en qué vaso de plata, pensé, mientras te oía,
cogeré su palabra de oro y, enseguida,
en qué lado de mi corazón he de llevarla.*

*Oh madre enredadera, alza tu enredadera
y extiéndela como un rayo de salud por tu pueblo
— Madrid, Guernica, Málaga, Barcelona, Almería —;
cómo tocan a duelo las campanas de España
y el sol llora tu ausencia en sus dominios.*

*Un tropel de la muerte destruyó aquella cuna
de amamantar leones, un vendaval oscuro
aventó el nido de águilas, el odio hizo cenizas
el capital de glorias, y una mano vendida
enajenó la casa y mancilló el alero
en donde tú, la roja, cuidabas el olivo.*

Diez años

Tal vez no haya existido jamás un pueblo más defendido y más traicionado a la vez que el español, ni tampoco uno que haya despertado más admiración y menos piedad. Durante decenios hemos compadecido al pueblo chino, por ejemplo, vapuleado y hambreado; al hindú, menospreciado y saqueado, y, en estos días, al alemán, embrutecido y desorientado, o al polaco, aniquilado y sometido; pero no hemos sentido admiración por ellos. Por el español, sí, y junto con admirarlo sentimos que no necesita nuestra piedad, más aun, que la rechaza. Cuando estrechamos las manos de ciertos españoles o pensamos en ellos, experimentamos una sensación que podría traducirse diciendo que son hombres que fueron duramente derrotados, pero que nadie fué duramente derrotado sin haber duramente combatido.

La piedad, por lo demás, es un sentimiento estéril y barato, y en cuanto a la admiración, no es más fecunda ni más onerosa que aquélla. Si el pueblo español, en vez de tanta admiración, hubiese contado con más ayuda, no hubiese perdido la guerra civil. Desgraciadamente para él, no pudo ocurrir así: su suerte estuvo en las manos de los que no sienten piedad ni admiración por ningún pueblo, sea propio o ajeno. Los que sentíamos admiración por él no pudimos ayudarle; en cuanto a los otros, ¿qué se podía esperar de ellos?

Por una ironía que se repite en todo el curso de la historia humana, la suerte de las grandes causas siempre queda en manos de los que representan a las pequeñas.

*

Desde 1917, año de la revolución rusa, no había ocurrido en el mundo un movimiento social que despertara tanta pasión

como aquella guerra civil, y no cabe duda de que la guerra civil española fué, más que nada, un movimiento social. Desde que sonó el primer tiro y se enfrió el primer muerto, cada ser humano supo cuál era su causa y cuál su fila y nadie quedó sin la primera ni sin la segunda, excepto quizá los que no tienen ni la tercera ni la cuarta ni ninguna. Pero los que defienden al obispo y a su cepillo, al general y a su espadón, al banquero y a sus céntimos, al propietario y a su conventillo, al hacendado y a sus uñas, al negrero y a su látigo, al gestor y a su saco, al traficante y a su faltriquera, al político y a sus triquiñuelas, éstos, y éstos mismos, y los que defienden su propio negocio, esté ese negocio donde esté, en Roma o en Londres, en París o en Nueva York, en Tokio o en Buenos Aires o Santiago, todos, supieron desde el primer momento de qué se trataba: de defender el negocio de todos y de cada uno.

«En España impera el interés con una desvergüenza como pocas veces ha visto el mundo. Lo que está ocurriendo allí es una de las páginas más escandalosas y más mortificantes que haya producido la historia. ¿Lo ve el mundo y lo siente así? Sólo muy parcialmente. Porque los intereses criminales saben muy bien cómo embrutecer al mundo y arrojarle tierra a los ojos... Un pueblo sojuzgado y explotado con todos los instrumentos de la reacción más anticuada brega por lograr una existencia más brillante, más compatible con la dignidad humana, por un orden social más presentable a la faz de la civilización... ¿Qué sucede? Estalla y fracasa una insurrección de generales, combinada con los explotadores y opresores, para salvaguardar sus intereses, con la ayuda de los intereses extranjeros. Cuando ya está casi vencida, la mantienen gobiernos extranjeros enemigos de la libertad. La mantienen y prolongan con dinero, hombres y material, hasta el punto de que parece que no ha de tener fin la obstinada, despiadada y trágica carnicería. Se llevan las tropas de sus propias colonias a luchar contra el pueblo, que defiende desesperadamente su libertad y sus derechos humanos. Sus ciudades son demolidas por bombarderos

extranjeros, se asesina a sus mujeres y a sus niños, y a todo eso lo llaman un movimiento nacional; a esta villanía que clama al cielo la llaman Dios, orden y belleza.» Thomas Mann: *Estoy con el pueblo español*. 1936.)

Del otro lado de esta barricada que defendía a Dios, al orden y a la belleza, se alinearon en todo el mundo millones de trabajadores que supieron también, desde el primer momento, de qué se trataba; y no sólo trabajadores manuales de los mataderos de Chicago, de las hilanderías inglesas, de las minas de carbón de Chile o de los aserraderos del Canadá, sino que también trabajadores intelectuales de todo el mundo, desde los grandes creadores de la literatura, como Thomas Mann y André Gide, hasta los maestros de la Física, como Einstein y Joliot.

*

Aquel apasionamiento fué, sin duda, muy intenso en América hispana, pero su mayor intensidad se suscitó en países que, como Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Rusia, Alemania e Italia tenían, por una parte, una grande, una tremenda hacha que afilar, y por otra, una enorme y poblada barba en remojo. Al lado de esos países, los de la América española aparecían como simples mirones callejeros, sin importancia y sin peso específico alguno que pudiese influir en el resultado de la lucha.

De aquellos seis países, Francia e Inglaterra fueron los que con mayores ojos miraron hacia la Península. No se trataba de una guerra civil cualquiera; se trataba de la primera batalla política armada, y de contornos internacionales, que el nacismo y el fascismo, representados en España por la Falange, los moros y otras alimañas ayudadas por Alemania e Italia, peleaban en el escenario europeo. La guerra civil española, según lo reconoció el Subcomité de las Naciones Unidas, fué el principio de la segunda guerra mundial. («La correspondencia cambiada entre Franco y Hitler y Mussolini, demuestra que ellos no consideraron que la guerra había comenzado en 1939 sino en el momento de estallar la revolución

franquista en España y que la ayuda dada por Hitler y Mussolini a Franco fué parte del plan general de agresión fascista contra las potencias democráticas.» *Informe*.)

Pero, aunque de ello se trataba, la batalla no estaba dirigida por el momento sino contra el pueblo español, y aunque una batalla ganada contra el pueblo español sería una batalla ganada, por lo menos moralmente, contra las llamadas democracias, los gobiernos de esas democracias decidieron abstenerse no sólo de intervenir en una lucha en que abiertamente intervenían Alemania e Italia sino que también de vender armas al pueblo español, que era el atacado y que tenía un gobierno que, aunque torpe, era legítimo, ya que lo uno no quita lo otro. De este modo fué cómo, los posteriores campeones de la democracia, Inglaterra y Francia, que decidieron convertirse en tales únicamente cuando la bota imperialista de los nacis y fascistas resonó en sus imperiales posaderas, declararon su miedo y su indiferencia y abandonaron a su suerte al pueblo español, uniéndose a ellos la Gran Democracia del Norte, Estados Unidos, que había vendido armas al Japón antes, durante y después del ataque de este país contra Manchuria y que en ocasión del conflicto italo-etíope tuvo el heroísmo de declarar su neutralidad, manteniéndola hasta que la capital de Etiopía cayó en manos de las hordas de Mussolini.

Se podía vivir mientras el pueblo español era masacrado; nada lo impedía, ni siquiera la conciencia democrática, y en tanto no se tocara o se intentare tocar la bolsa de unos, el conventillo de otros, las acciones de éste, los dividendos de aquél, no había para qué darse por aludido. En España, por lo demás, había muchos «rojos».

*

El pueblo español hubo, pues, de hacer frente, solo, a todos sus enemigos, porque si bien es cierto que México y la Unión Soviética le ayudaron, no es menos cierto que la ayuda mexicana, aunque generosa, no fué lo bastante considerable

como para decidir la lucha y que la soviética, además de onerosa, fué deficiente: el país de los trabajadores entregó al pueblo español sólo algo de lo que éste necesitaba, cobrándolo a buen precio y al contado, sin que ese buen precio y ese pago al contado significara que lo que entregaba era de la mejor calidad.

Pero el pueblo español no sólo hubo de luchar contra su ejército, insurreccionado, y contra tropas moras, italianas y alemanas sino que, además, hubo de sufrir la increíble torpeza de sus gobernantes, que no habían sabido, desde un principio, atar ni desatar con un poder que les había caído como del cielo y que, estallada la insurrección en Marruecos, cayeron en una especie de sopor, como si la insurrección no fuese lo que era, es decir, un movimiento revolucionario dirigido contra el pueblo y el gobierno sino algo deportivo, ajeno a ellos y cuyos resultados dependían de seres ajenos al gobierno y al pueblo. El gobierno del Frente Popular, que había permitido que los generales monárquicos y profascistas conservaran sus puestos y organizaran, a ojos vistas, una insurrección, no supo, cuando esa insurrección estalló en sus barbas, qué hacer contra ellos; peor aun: entorpeció lo que el pueblo y algunos españoles inteligentes y activos quisieron hacer.

«Casares Quiroga [Ministro de Guerra], se mantenía en esa negativa contra el consejo de sus colaboradores y contra el mandato urgente de la necesidad. Posiblemente se trataba de un acuerdo irreflexivo con el que trataba de imponer su voluntad de gobernante desacatado, al que muy contados subalternos obedecían. Su resistencia a facilitar las armas había trascendido y su nombre provocaba estallidos de cólera. Su impopularidad se agigantaba entre sus propios correligionarios, a los que oí negarle todas las virtudes y atribuirle todos los defectos. . . Y no es que dejase de existir la voluntad de defensa, que seguía aumentando en el pueblo madrileño. Faltaban las armas para que esa voluntad se manifestase, el caso llegado, en obras. ¡Armas! ¡armas! era un grito angustioso que se escuchaba en todas partes. La orden de Casares

Quiroga era terminante: «Quien las facilite sin mi consentimiento, será fusilado.» (Julián Zugazagoitia: *Historia de la guerra en España.*)

No es posible echar a uno solo la culpa de todos y el caso de Casares Quiroga es sólo uno entre tantos; pero es indudable que los gobernantes españoles de aquellos días, desde el Presidente hasta los últimos y más lejanos alcaldes o lo que fuese, hicieron cuanto estuvo en sus manos para hundir al pueblo español en la más tremenda de las guerras civiles. Porque si el gobierno hubiese sido, desde un principio, meramente enérgico, sin necesidad de llegar a lo dictatorial, hubiese evitado la insurrección; si, estallada la insurrección, hubiese sido meramente enérgico, hubiese evitado la guerra civil; pero la verdad es que, meramente, no fué capaz de evitar nada.

Todo conspiró, pues, contra el pueblo español: su gobierno, que no supo defenderlo, y su ejército, que lo traicionó primero, que no supo ganar rápidamente la revolución después y que finalmente, siempre dando muestras de su gran nacionalismo, trajo a mercenarios y a extranjeros a pelear contra quien no tenía más delito que el de haber elegido a quienes no supieron corresponder a su fe y a su esperanza.

Por eso he dicho que tal vez no haya existido jamás un pueblo más defendido y más traicionado a la vez que el español. Quizá más traicionado que defendido.

*

Algún día, alguien, un gran poeta o un gran novelista, quizá un apasionado historiador, escribirá la epopeya de ese pueblo; contará entonces cómo ese pueblo fué el primero que se levantó contra el fascismo; cómo ese pueblo, mirado en menos en Europa y América por habitar un país de escaso desarrollo industrial, dió un ejemplo de dignidad y de hombría a los que habitan países repletos de carbón, hierro o petróleo; cómo un pueblo en alpargatas, sin más armas que las que al principio pudo, más que recibir, arrebatar de las manos de amigos y enemigos, escribió con ellas y sin ellas las páginas

de Madrid y de Barcelona; cómo no escatimó sangre ni coraje; cómo fué el asombro del mundo y cómo ese asombro atrajo a sus ensangrentadas ciudades y carreteras, montañas y ríos, a hombres que desde lejos reconocieron en él, sin tomar en cuenta el lugar ni la lengua, su propia sangre, su propia causa y su propio dolor; cómo, aquí y allá, a través de la tierra y siguiendo la oculta trayectoria de una pura vena de amor humano, le cantaron los más altos poetas en las más diferentes lenguas, desde aquella en que se ha alabado, durante siglos, las suaves colinas de Inglaterra hasta aquella en que se ha llorado, con las más tristes palabras, la desolación de las llanuras del noreste europeo; cómo, al mismo tiempo, los resentidos y los limitados, los monaguillos y los cagatintas, junto con los grandes rufianes de la política de apaciguamiento y de no intervención, desde los vagos lores del almirantazgo, los fiambres emparaguados y los bien nutridos o elegantes *torys* de Downing Street 10 hasta los grises tinterillos y los ásperos ventrílocuos democráticos de la Casa Blanca, elevaron y mostraron, los primeros sus chillidos de ratas ante la posibilidad de que un pueblo aplastara, alguna vez siquiera, a un puñado de repugnantes generales alzados en armas, y los segundos su espantosa indiferencia («Todo lo que está ocurriendo en España no vale la vida de un marinero inglés»), su grosero espíritu comercial («Si la elección fuese entre un estado comunista y un estado fascista diría que la balanza de nuestra ventaja imperial se inclinaría del lado del establecimiento del estado fascista») o su respeto ante los gobiernos de fuerza («Declaro que no cuentan con mi simpatía aquellos que creen que es ingenioso o aun gracioso insultar e injuriar al gobierno de España cada vez que se les presenta la ocasión»); cómo los grandes que escribieron la Carta del Atlántico y firmaron la Declaración de Teherán, se achicaron después hasta el ridículo y olvidaron lo escrito y lo firmado («Y desean ver restablecido el derecho soberano y el autogobierno de aquellos que fueron privados de ellos por la fuerza»); cómo los hijos de ese pueblo, después de perdida la lucha gracias a

la ayuda que Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Alemania e Italia prestaron a los nacionalistas, unos con su cinismo y otros con su estupidez, fueron perseguidos por el gobierno títere de Laval y de Petain, encerrados en cárceles y campos de concentración y cómo, a pesar de ello, siguieron luchando contra el fascismo y el nacismo donde y cuando pudieron: en Narvik con los ingleses, en Francia con los *maquis*, en Africa con los franceses, norteamericanos e ingleses; cómo éstos y aquéllos los han abandonado ahora con el más cobarde de los abandonos, y cómo, finalmente, a pesar de que amigos y enemigos han enturbiado su clara fuente, unos con sus odios, otros con sus venganzas, aquellos con sus rencillas, estos con su ambición política, su causa resplandece en el corazón del hombre como una pura estrella en el corazón del cielo nocturno.

¡Oh, España!

*«Alguien vendió la piedra de los lares
al pesado teutón, al hambre mora,
y al ítalo las puertas de los mares.
¡Odio y miedo a la estirpe redentora
que muele el fruto de los olivares,
y ayuna y labra, y siembra y canta y llora!»*



No piensen ustedes que Alemania, Italia, Portugal, son los únicos que luchan contra España. Su principal enemigo ha sido Inglaterra. Decididos aliados del general Franco han sido los intereses del dinero dominante en Francia, que junto con Inglaterra, han obstaculizado la ayuda legítima que el Frente Popular francés debería haber dado, aunque no fuera más que por el bien del propio pueblo francés. También la clase dominante de los Estados Unidos está siendo conscientemente hostil al pueblo de España, a través de poderosos periódicos, iglesias y bancos. Y ahora nuestro Departamento de Estado, al asumir una falsa neutralidad con Francia e Inglaterra, completa así la felonía de los invasores alemanes e italianos, da una demostración de cuál es su verdadera bandera—olvidando nuestra propia Revolución en la que gozamos de la ayuda de soldados franceses y polacos, en contra de los mercenarios alemanes traídos por los ingleses, para combatir contra nosotros.

WALDO FRANK

Oídllos cantar por la Casa de Campo

Oídllos cantar por la Casa de Campo
Los Internacionales,
Las verdaderas Naciones Unidas de la Tierra.
Oídllos marchar como yo los viera
Por las calles, sin uniformes ni banderas,
Después de haber cruzado sin pasaporte — natural-
mente — la frontera.
Se llaman Jean, Pierre, Henry, Stephen o Peter o Stenka
En todos los idiomas de la tierra.
Oídllos cantar en todas las lenguas
Un mismo himno con una sola letra
Que rompe las cadenas,
Camino de Madrid y hacia unas trincheras
Del Parque del Oeste que esperaban su siembra
De corazones para dar amapolas perdurables que cantan
y esperan.

Estas eran
Allá por Noviembre de mil novecientos treinta
Y seis, las treinta y seis Naciones Unidas de la Tierra.
Con menos banderas — con una sola bandera —
Y un solo himno internacional con una sola letra
Que dice lo mismo en cuatrocientas lenguas.
(Contra la boina de menstruo de Franco ¡Muera!
Contra el capelo pontificio ¡Fuera!)

Tal cantaban en mil novecientos treinta y seis
Las verdaderas Naciones Unidas de la Tierra.

*

Honor al amigo del terrón
Caído en la defensa de Madrid.
Honor al amigo de la garlopa
Caído en la defensa de Madrid.
Honor al amigo del remache
Caído en la defensa de Madrid.
Honor al amigo del libro
Caído en la defensa de Madrid.
Honor al amigo del hombre
Caído en la defensa de Madrid.
Honor y honor a los héroes
Que hicieron temblar con sus gloriosas muertes
El aire purísimo de los tapices de Goya.

★

Hombres libres de todas partes del mundo han venido a ayudar al pueblo español en su lucha por la libertad. Y no ha sido en vano. Del mismo modo que la Comuna de París, esta lucha servirá, durante siglos, de ejemplo luminoso y exaltador a la clase obrera. Sobre el proletariado sólo pesan las derrotas sufridas sin combate.

El último voluntario

El tren que sale de la Gare d'Orsay, en París, a las ocho y cuarto, para Perpignan y Cerbère, ha conducido en los dos años y medio de guerra en España, una inmensa carga de ansiedades, temores y decisiones. En la plataforma era dable observar toda una escala de adioses, muestras de pena o entusiasmo, emociones diversas, que la mala luz y el bullicio agudizaban, mientras los guardas corrían las puertas voceando: *¡En voiture!* Claro que algunos pasajeros dirigíanse a las estaciones intermedias entre París y Perpignan; pero el mayor número iba cada noche con destino al otro lado de los Pirineos. De aquellos pasajeros del tren de las ocho y cuarto para Perpignan muchos no regresaron jamás.

En la noche del 31 de Marzo de 1938, la plataforma de la Gare d'Orsay estaba extraordinariamente concurrida. Porque, además de los distintos extranjeros que viajaban a España, iba cierta delegación española. Acabábamos de enterarnos del desastre de Aragón, ya en vísperas de hacer crisis. Parecía que el ejército republicano estaba roto y en plena retirada, que el Ebro no era bastante barrera y que los fascistas pronto estarían en Barcelona. Yo iba a España por primera vez desde el estallido de la guerra, iba con Ernest Hemingway, que a partir de Marzo de 1937 había estado varias veces, y también, como vine a saber luego, con Jim Lardner.

No conocía a Lardner y hasta media hora antes de la salida del tren ignoraba que lo encontraría. Entonces supe que se dirigía a Barcelona en representación del *New York Herald Tribune*, al que asimismo yo debía mandar correspondencias. El aprovechaba en esa forma unas vacaciones que

tenía en la edición parisiense del diario. No sabía más a su respecto, aparte de que era hijo del famoso Ring Lardner.

Hasta que el tren dejó la estación estábamos todos ocupados con nuestras variadas despedidas. Este mi primer viaje y el próximo en el de las ocho y cuarto a Perpignan, tienen una curiosa semejanza: en ambos casos el 31 de Marzo de 1938 y el 23 de Enero de 1939, el ejército de la República estaba deshecho y Barcelona en peligro inminente. La diferencia, vista en el recuerdo, está en el hecho de que tal vez en el viaje de Marzo era más vivo el sentimiento entre los pasajeros y quienes fueron a despedirlos.

Cuando, por último, el tren dejó atrás la repleta explanada y nos volvimos en busca de nuestros asientos, Hemingway me preguntó, socarrón: —¿Está usted muy *emocionado?*— No, le dije yo. A lo que repuso él: — Es la vejez.

Entonces me dí cuenta de la presencia de un joven delgado, que usaba un abrigo de tweed color café. Hemingway me presentó a Jim Lardner.

— Decidan entre ustedes quién ha de ser el *chef de bureau*, puesto que los dos son del *Herald Tribune* — dijo.

Nos fuimos a mi compartimento, donde los tres nos sentamos a decidirlo, mediante copiosos tragos de whisky de una botella de Hemingway.

Esta botella de plata batida y de gran capacidad cúbica debía tener ya una larga carrera al servicio de su dueño. En el transcurso de los años había adquirido cierta flexibilidad y cuando se la oprimía rítmicamente entre el pulgar y el índice emitía un sonido de tam - tam parecido al de los tambores que acompañan a una bailarina mora. La ví después en España en muy diversas circunstancias; pero siempre con placer. La vieja botella debía ser bien vista también por muchos otros, pues era tan inagotable como su dueño e igualmente generosa.

Lardner parecía estar muy contento. Era un joven de aspecto agradable, poco robusto, de pelo castaño y anteojos de carey; tenía las piernas largas, el leve desgarbo y la risa

fácil correspondientes a su tipo y a su edad. En sus veintitrés años conocía: Andover, Harvard y el *Herald Tribune* de Nueva York, además de una etapa en la edición de París del mismo diario. España le interesaba vivamente desde un año atrás por lo menos, y conocía bastante más que yo el mapa de la guerra y algunas de sus principales características. Esta partida en el de las ocho y cuarto a Perpignan era un formidable acontecimiento para él, un embarcarse a través de aguas borrascosas que, por cierto, le atraían desde hacía mucho tiempo. Sus ideas sobre la lucha en España eran exactas y sus opiniones categóricas. Sabía lo que estaba haciendo.

A cierta altura de nuestra larga y divertida charla, Hemingway me dirigió la más vacua de sus vacuas miradas.

— No se me ocurre de ningún modo a qué va usted a España, — dijo —. No sacaré ningún cuento de allí. El único cuento que puede sacar es que lo maten y eso no le será de provecho a usted, pues lo escribiré yo.

— Ese cuento será doblemente bueno si lo matan a usted y lo escribo yo, contesté.

A Lardner le pareció uno de los chistes más cómicos que había oído; echado en el *wagon lit*, reía a carcajadas.

Entonces hasta la botella que hacía de bailarina mora no dió más vueltas y todos nos fuimos a la cama. Con el monótono traqueteo de las ruedas pronto me quedé dormido. Supongo que Lardner siguió mucho tiempo despierto sumido en esos complejos e infinitos pensamientos que se tienen a los veintitrés años, en un viaje como éste.

Al día siguiente llegamos a horario a Perpignan. La mañana era rosada (como suele ser en estas regiones) y las cumbres nevadas de los Pirineos refrescaban un poco el aire, que de lo contrario habría sido bastante caluroso. Dejamos nuestras maletas y máquinas de escribir en la estación y nos fuimos a tomar café. Nuestro ánimo era tan alegre como el de la noche anterior. Al abrirse las tiendas recorrimos las calles para comprar un pan, un jabón, una máquina de afeitar. Hemingway se dirigió al consulado español para conseguir

un coche que nos sirviera no sólo para cruzar la frontera sino también en el otro lado. Yo no conocía bien las condiciones imperantes en España en cuanto a alimentos, tabaco y whisky, así que tuve que aprovisionarme (de algo siquiera) en las horas siguientes. La mañana transcurrió antes de que pudiéramos ponernos en marcha; almorzamos temprano. Los diarios locales hablaban mucho de desastres habidos en España y de refugiados de Aragón que cruzaban los Pirineos. Serían tal vez las doce y media cuando conseguimos meternos en el coche con nuestro equipaje y partir.

La mayor parte de los bultos pertenecían a Hemingway. Era un viejo conocedor de lo que se necesitaba llevar. De ahí que cargara gran cantidad de alimentos, enormes tanques de gasolina, y muchos cigarrillos y whisky. Se había conseguido un pase libre que autorizaba nuestra entrada (y la de nuestras maletas) en España sin revisión. El auto era del Consulado — quizás de los carabineros — y todo lo que tuvimos que hacer en la frontera fué cambiar de chofer. Una vez remontada la cumbre de Le Perthus y pasado el último puesto de avanzada francés, encontramos al capitán Arizmendi, el vasco providencial de todos los viajeros de 1938, que a nosotros nos sirvió en cuanto a papeles de identidad se refiere. Lo que más me llamó la atención, cuando presentamos nuestros pasaportes, fué comprobar que Hemingway era sólo unos meses mayor que yo. Durante mucho tiempo yo descontaba que él (o cualquier otro participante de la primera gran guerra) pertenecía a una generación anterior. Cuando yo era todavía estudiante novicio en la Universidad, Hemingway conducía ya una ambulancia en Italia. Eso se llama ser precoz.

De La Junquera a Barcelona no volvimos a detenernos, excepto por dos o tres minutos en Figueras para tomar un líquido azucarado y caro, llamado *gaseosa*. (Hasta uno o dos meses después era posible conseguir *gaseosa* en las provincias catalanas.) Creo que viajábamos con la expectativa de ver bombardeado el camino en cualquier momento, cosa que por lo demás aguardaban durante las primeras horas

todos los que entraban en España. La actitud contraria — que considera los bombardeos como excepción y no como regla — se adquiere recién uno o dos días después. Pero, como pude observar más tarde, esas primeras horas que siguen al cruce de la frontera, poseen siempre la misma cualidad, no importa cuántas veces se haya entrado en o salido de España. El encuentro (o abandono) del peligro tiene su efecto peculiar y aun careciendo de gusto especial por la guerra es preciso admitir que produce una euforia indudable. No es una euforia que valga la pena a costa de tanta miseria concomitante; pero explica el goce que sienten fascistas, soldados profesionales y demás en la empresa.

Anocheía cuando llegamos a Barcelona. En primer lugar nos dirigimos a la Subsecretaría de Prensa y Propaganda que tenía su oficina en la Diagonal, a cargo de Constancia de la Mora, una de las mujeres más notables de la guerra. Nos dió a Lardner y a mí una especie de recomendación para que nos admitieran en un hotel (el Bristol, cerca de la Telefónica) hasta que el Majestic pudiera acomodarnos. Constancia trabajaba y sonreía: los desastres de Aragón no quebrantaron, al parecer, su espíritu. Los ventanales de su oficina estaban cruzados con tiras de papel engomado para disminuir el peligro de los vidrios astillados por las bombas. Los grandes bombardeos del 19 al 21 de Marzo (los peores desde que empezaron en esta guerra) estaban penosamente frescos en el recuerdo y las ruinas de aquellos días de horror a la vista.

Entre tanto, sea por el clamor que se alzó en todo el mundo o por una última partícula de sentimiento humano en el general Franco y su Junta, los italianos no repitieron esta proeza y si bien todas las ciudades de la España republicana fueron bombardeadas después y muchos pueblos y ciudades destruídas, la aviación extranjera no volvió a bombardear tan intensamente el populoso centro de Barcelona. Pero nadie sabía ésto entre Marzo y Abril; por lo que toda la ciudad vivía en continua zozobra por causa de las bombas. Sólo mucho

más tarde los habitantes del centro de Barcelona se sintieron más confiados y aprendieron a mirar los raids aéreos como un espectáculo. Pero durante la primavera cada toque de sirena traía a la memoria esas etapas tan recientes de terror, cuando los aviones llegaban del mar cada dos horas y bombardeaban la ciudad a lo largo de tres días y tres noches.

Hemingway tenía reservado alojamiento en el Majestic; Lardner y yo después de depositar nuestras maletas en el Bristol, salimos a buscar un restaurant. Aun los había en la ciudad hasta un mes o dos más tarde. Comimos bastante bien cerca de la Plaza de Cataluña, una comida con carne, verduras y vino. (Todo esto cambió rápidamente después de aquella fecha: 1.º de Abril.) No había luz en las calles y poco podía conocerse a tropezones en las tinieblas de una ciudad extraña. Regresamos al Bristol y nos recogimos temprano. Por la mañana los dos conseguimos alojamiento en el Majestic, que fué luego nuestro cuartel (como el de casi toda la prensa).

El Majestic era tan singular entre los hoteles como el de las ocho y cuarto a Perpignan entre los trenes. Semifiscal, en el sentido de que el Ministerio lo destinaba a la prensa y a los amigos del gobierno, manteniendo los precios bajos en beneficio de ellos. Todos los hoteles de Barcelona habían sido colectivizados bajo las leyes catalanas de colectivización y eran dirigidos por los obreros «gastronómicos», principalmente anarquistas. El Ritz se llamaba: «Gastronómica N.º 1» y era bastante más caro que el Majestic; pero también su comida era mejor. Lo frecuentaban comisionistas de armamentos, vendedores de toda Europa, que medran con los desastres, y asimismo cortesanas (muy numerosas entonces en Barcelona) que se sentían fuertemente atraídas por aquéllos. En general, la prensa prefería el Majestic, no obstante ser uno de los peores hoteles de Europa, por su ambiente amistoso y porque se había adaptado a las horas intempestivas y a las costumbres más intempestivas aún de los corresponsales extranjeros. El largo vestíbulo y el gran comedor, lleno de

espejos cruzados por tiras de papel engomado, era una especie de club central de la prensa, y uno podía pasearse allí con las luces apagadas (como sucedía a menudo), seguro de que al sentarse lo haría en la mesa de un colega. Tal vez no resulta ventajoso este sistema de convivencia en la paz; pero en las condiciones de Barcelona tenía sus ventajas. Algunos lo encontraban demasiado confortable (Malraux, por ejemplo, decía: «J'aime mieux les putains que les raseurs»); pero la fraternidad o el sistema colectivo es propio de la guerra, me parece, y aun quejándonos todos amargamente del Majestic semana a semana, pocos de nosotros se fueron a vivir a otra parte.

Lardner tenía una pieza sin baño y por eso se acostumbró a usar el mío. Su espíritu no decayó en todos los primeros diez días de Barcelona, a pesar de que la situación en el frente se hacía cada vez peor. Los dos encontramos iguales dificultades, ora en conseguir permiso para visitarlo, ora en obtener un coche que nos llevara hasta él. Y pasaron varios días antes de que cualquiera de nosotros pudiera dejar Barcelona. Por último Lardner consiguió autorización para ir al frente y Richard Mowrer lo llevó el mismo día o al siguiente hasta Tortosa. El combate se libraba más allá de Tortosa, en Chert, donde la división de Lister mantenía a raya a los italianos. Mowrer, Forrest — del *News Chronicle* — y Jim estuvieron allí cuando el puente fué bombardeado y parcialmente destruído, y conversaron con Lister en Chert bajo el fuego de las granadas. Era la primera experiencia bélica de Jim y creo que se sintió feliz al descubrir que las bombas y granadas no le asustaban más de la cuenta. (Esta conclusión parece ser universal: es la que sacó Stephen Crane en «La roja insignia del valor» y su Joven Soldado es representativo de casi toda la juventud.) Lardner volvió muy sucio y cansado; se dió un baño y se puso a escribir su crónica.

El destino que tuvo esa crónica fué responsable en parte, creo, del giro que tomaron sus ideas poco después. Era un buen relato, de cierta extensión, el primero que intentaba

Lardner sobre algo que le atraía evidentemente (como a muchos jóvenes periodistas). Salió al día siguiente en la edición parisiense del *Herald Tribune* muy cortado, y según mi recuerdo fueron omitidos varios de sus trozos más notables. Tuve la impresión de que se había publicado inútilmente. Lardner debió pensar lo mismo y después de ver el diario perdió, al parecer, todo interés en el oficio de corresponsal de guerra.

Nadie tenía la culpa en particular; pero se había producido una situación que no favorecía a Jim. Cuando él hizo sus planes para venir a España el diario carecía de corresponsal aquí. Pero, inesperadamente, llegué yo tras un vago arreglo con la dirección de Nueva York, para mandar una que otra crónica. Y como yo era mucho mayor que Jim, se me suponía también mucha mayor experiencia. Así los artículos que yo mandaba se publicaban íntegros y en forma destacada. El único esfuerzo de Lardner en igual sentido, un esfuerzo muy loable en verdad, fué despedazado y metido en una de las páginas interiores. No volvió a insistir jamás. Tal vez no fué un gran desengaño para él. No lo sé pues cuando intenté hablarle al respecto, pasó a otra cosa. Puede ser que no le importara; pero conociendo como conozco a los jóvenes periodistas me parece lo contrario. Con todo, a menos que yo abandonase España o dejara de mandar correspondencias, nada podía hacer en esto. Le sugerí que podríamos turnarnos o compartir de alguna manera las crónicas; pero él se aferró a su decisión de que no le importaba: haría otro relato cuando lo tuviera, entre tanto, yo debía seguir adelante.

Pasé alrededor de una semana en el Ebro y creo que durante todo ese tiempo Lardner estuvo dándole vueltas al asunto y buscando una salida. Se le veía entonces silencioso y retraído, al punto que solíamos echarle en cara su «ensimismamiento». Estaba sencillamente meditando un plan.

Como a los diez días de nuestra llegada, entró a mi pieza y después de varios tanteos de conversación, me dijo que

deseaba enrolarse en las Brigadas Internacionales. No sabía qué trámites tenía que cumplir; pero estaba resuelto a averiguarlo lo antes posible.

—¿A qué viene eso?— le pregunté sorprendido por la idea—. Es muy tarde ya. Los internacionales pueden ser licenciados de un momento a otro. Y de todos modos, si usted quiere ayudar a la República debe hacerlo de acuerdo con su capacidad. Cada uno según su...

— Conozco todo esto — repuso Lardner.— Supongo que usted quiere decir que debo conseguirme un puesto para seguir tecleando en una máquina de escribir.

— Bueno, ¿por qué nó, si es eso lo que usted sabe hacer? Es mejor que enrolarse en las brigadas en una fecha tan tardía. O en cualquiera, en verdad. Un fusil más, maldito lo que modificará el resultado de la guerra. Es probable que usted resulte más útil haciendo otra cosa.

—¿Y si no quiero hacer otra cosa? ¿Si estoy cansado de teclear en una máquina? Además, aunque mi deseo principal es ayudar a la República, tengo derecho a decidir cómo. Me gustaría hacerlo en el Batallón Lincoln.

La discusión daba vueltas y vueltas. Una vez más insistí en que él debía perseverar en su profesión y continuar mandando artículos como corresponsal americano sin ataduras con la República. Rechazó este punto de vista sin contemplaciones.

— Hay demasiados periodistas — dijo—. Uno más no supone nada.

Lardner era un joven obstinado y bajo su aparente timidez me dí cuenta de que había madurado esa idea desde hacía mucho tiempo. Hasta se había pasado horas enteras escribiendo las razones que tenía para unirse a los internacionales; era una lista de diecinueve puntos, según mis recuerdos. En la parte principal exponía por qué deseaba hacer cuanto estaba en sus manos para ayudar a la República y combatir la coalición fascista; y en la secundaria, lo que a él mismo le reportaría tal experiencia. Creo que no daba

mucha importancia al grupo secundario; pero lo había expuesto porque era tan honrado que no podía pasarlo por alto. Como todo joven, pensaba (y esto no deja de tener miga) que una experiencia guerrera iba a levantarlo o hundirlo, probablemente lo primero. El gusto mismo de tal aventura no figuraba a la cabeza de sus diecinueve razones; pero era demasiado minucioso para ignorarlo.

Había una vena de cinismo en este muchacho, de cinismo no en el sentido de falta de fe en los motivos desinteresados, sino una saludable aversión hacia los lugares comunes y los gestos irreflexivos. Contrario a las bravatas, eso era. Flotaba demasiado heroísmo anecdótico en Barcelona y teníamos bastantes fraseólogos y agitadores de puños para que una mente como la de Jim apreciara otra cosa que la acción directa. Desconfiaba del sentimentalismo que había difundido la República; pero compartía sus emociones; por eso el ejército se le presentaba como el único camino. Cuando planteaba su caso con tanta objetividad, no era mucho lo que yo podía contestarle. Tuve que admitir que de tener su edad, su convicción y su ánimo, habría hecho lo mismo.

Pero al llegar a este punto (unos cuantos días después de que me hablara de su idea) procedí serenamente a lavarme las manos.

— De ningún modo apruebo su plan — le dije—. No es el caso ni el momento. Usted sabrá lo que hace. Pero yo no le ayudaré en nada. Tal vez acabe por darse cuenta de que usted no les hace falta a las B. I. No aceptan más enrolamientos y usted necesita instrucción militar, que no sé cómo irán a dársela. Pero esto es de su incumbencia. Por mi parte, sigo en lo mismo y sostengo que usted es una porfiada mula.

No sé cuándo le hablé a Hemingway; creo que fué por aquellos días. Hemingway le dió igual respuesta, sólo que con menos palabras, desde luego. Después de ésto, Jim empezó a consultar a algunos hombres de las B. I., pues podía vérselo metido en conciliábulos con ellos por las asoleadas ramblas o en los rincones del Majestic. Entonces yo iba

casi todos los días al frente y no tenía tiempo ni gana de seguir las contingencias de su empeño; pero creo que la gente de la Brigada Internacional rehusó llanamente a admitirlo desde un principio. No tenían cómo adiestrarlo; la idea de su propio licenciamiento estaba en el aire; y Jim no era en ningún caso de pasta militar. Su vista era muy pobre. Ellos no lo necesitaban y se lo dijeron. El insistió — nada podía hacer desistir a este muchacho, una vez decidido. Y en el curso de la gestión alguien (probablemente un comisario político) discurrió y propuso, me imagino, una salida como ésta: — Aceptémoslo, ya que parece tan empeñado y que vaya a algún lugar detrás de las líneas donde no esté en peligro. Su nombre es famoso en Norteamérica; nadie puede acusar a un hijo de Ring Lardner de ser un instrumento del Comintern; y su enrolamiento nos servirá de propaganda sin que arriesguemos su vida.

Claro que tal proyecto no le fué nunca expuesto a Jim; pero en el fondo esa fué la decisión por lo que se hizo evidente después.

Una noche, antes de la comida, estábamos reunidos un grupo de periodistas en el Majestic. Cuando nos separamos para lavarnos y bajar a comer. Jim detuvo en la escalera a Hemingway y a mí, porque quería hablarnos. Nos fuimos al cuarto de Hemingway donde Jim nos dijo:

— Sólo quería participarles que me arreglé con las B. I. Mañana me alisto.

Hemingway se sobrecogió (supongo que nunca creyó que aceptarían al muchacho en las B. I.) y durante un momento no dijo nada. Por mi parte, volví otra vez a lavarme las manos y le dije:

— Usted conoce lo que pienso al respecto. Se lo he dicho detalladamente. No quiero hablar más del asunto.

Dejé a los dos para que lo discutieran de nuevo si así lo querían.

En realidad Hemingway hizo un esfuerzo final para disuadir a Jim de su propósito. Tal vez todo esto dé idea

de que nosotros atribuíamos un valor exagerado a la vida de Lardner en una guerra que había costado ya más de un millón de vidas; una guerra que todos creíamos por una causa justa, la única causa justa y de verdadera importancia en nuestro tiempo. Pero el alistamiento de Lardner fué tan tardío que nos pareció mero despilfarro; en aquel tiempo ninguno de nosotros sospechaba en él condiciones militares. Por eso fué que nosotros (y en general todos los colegas de la prensa) tratamos de contenerlo o desviar su determinación por otro cauce.

Al día siguiente (25 de Abril) fuimos a ver el estreno de la versión española del film de Hemingway e Ivens, *Tierra de España*. La película fué interrumpida en la mitad por un raid aéreo y tuvimos que aguardar sentados una hora en el teatro hasta que cesó la alarma. No era un lugar muy adecuado para estar durante un bombardeo y por lo tanto podía perdonársele al auditorio cierta nerviosidad, si bien no dió muestras de ninguna. Se tocó el Himno de Riego y la canción catalana *Els Segadors* y todo el resto del tiempo lo pasamos conversando. Me hallaba con Lardner y Marty Hourihan, un hombre de las brigadas que fué mal herido en Brunete. Marty también hizo todo cuanto le fué posible para que Jim cambiara de parecer a último momento; pero Lardner, decidido como siempre, sólo se rió de él. Cuando terminó de pasarse la película se fué por la ciudad para completar la adquisición de su equipo, que consistía en unos pantalones caqui, una chaqueta de cuero y unos pesados zapatones. Firmó el registro aquella misma tarde.

La gente de las B. I. lo destinó a la artillería y lo envió a Badalona para el «adiestramiento». Fué todo lo que supe de él durante una semana o quizá diez días. Entre tanto, yo estaba ganancioso con el cambio, pues Lardner además de sus cigarrillos me dejó todas sus provisiones, incluyendo algunas conservas y bastante azúcar y café. Me dejó también sus libros y por ellos era fácil ver que su decisión no había sido improvisada. Tenía obras sobre la guerra española y

sobre la guerra en general; el anuario aeronáutico (*Fighting Planes of the World*), algunos mapas, varios tomos de interés político y social, entre ellos, los panfletos de Lenin. Lardner no era comunista y mantenía su actitud inquisitiva y zumbona respecto de las doctrinas políticas como de cualquier otro asunto; pero estaba compenetrado de los factores de la lucha mundial, pues durante meses y años se había dedicado a adquirir tales conocimientos. Y no le interesaba sólo la política puesto que guardaba entre sus cosas un montón de canciones republicanas (texto y música), algunos relatos de la guerra y un grueso volumen con los versos de Shakespeare.

Una mañana, a principios de Mayo, mientras hacía esfuerzos por despertarme en mi cama del Majestic, tuve una vaga conciencia de que alguien me hablaba. Cuando al fin conseguí abrir los ojos, ví que era Jim; me pedía el baño como de costumbre. Ahora sí que parecía necesitarlo: estaba sucio, sin afeitarse y con cara de cansado.

—¿Qué diablos anda usted haciendo por aquí?— le pregunté—. Lo suponía enrolado en el ejército.

—Así era —dijo—; pero acabo de desertar. ¿Puedo bañarme ante todo?

Después que se hubo bañado y afeitado, volvió al dormitorio a despertarme de nuevo. Pedimos café y me puse a interrogarlo.

—¿Cómo es que ha desertado usted tan rápidamente? ¿No le gustó el ejército?

—El ejército de Badalona, no. Vine a ver si podían trasladarme a otra parte. No sé por qué no me dejan entrar al Batallón Lincoln.

—Tiene que entrenarse en alguna parte antes. ¿Sabe usted manejar una ametralladora?

—No —admitió—; pero tampoco lo aprenderé en Badalona. Allí no hacemos otra cosa que acostarnos en la paja sucia y responder dos veces por día a la lista. No sé qué entrenamiento es ése con una mayoría de desertores y cabezotas. O quizás prisioneros. No sabría decirle.

Sin duda, Badalona era el peor lugar posible para mandar a un muchacho recién enrolado, si se deseaba que conservara su espíritu de lucha; pero desde luego, las autoridades de las B. I. sólo tenían una idea en la cabeza: mantener a Lardner lejos del frente, a fin de no arriesgar inútilmente su vida en la tardía partida. Llegaron a ésto sin tener en cuenta la voluntad de Lardner; pero él no era de los que se pueden manejar fácilmente.

La experiencia con los *inútiles de la guerra* no disminuyó en lo más mínimo su deseo de prestar servicios en el ejército republicano. Me contó algunas de las historias que había oído en Badalona. Jim juzgaba a sus informantes sin severidad, pero también sin clemencia. En conjunto le inspiraban aversión. Y mientras ellos más maldecían y gemían, él más deseaba unirse a las brigadas que los habían rechazado. Por eso abandonó el cuartel de los *inútiles de la guerra* después que hubieron pasado la lista de la mañana y se fué a pie con sus cosas hasta los límites de Barcelona, donde tomó un tranvía para el centro de la ciudad. Ahora bañado, afeitado y un poco reconfortado por la conversación, iba a ver a las autoridades de las B. I. para que lo trasladaran al Batallón Lincoln.

Supongo que las autoridades de las B. I. deben haberse sorprendido tanto como yo al ver a Lardner de nuevo. Probablemente creían tener resuelto el problema Lardner mientras durara la guerra, enviándolo inocentemente a Badalona. Ahora estaban en aprietos porque él podía acusarlos de que trataban de mantenerlo fuera de la lucha. Si se hubieran negado desde un comienzo, estarían en una posición inexpugnable; pero como lo rechazaron al principio y después hicieron como que aceptaban sus servicios, sólo para relegarlo a un lugar en que no podía prestar ninguno, no estaban en condiciones de afrontar su justa indignación. Johnny Gates, comisario político de la 15.^a Brigada, llegó justamente por aquel entonces (ese mismo día o el siguiente) a Barcelona y después de conversar con Jim opinó que no había motivos para no

admitir a Lardner en el Batallón Lincoln, que a la sazón estaba descansando y reorganizándose detrás de Mora la Nueva, a este lado del Ebro. Podía adiestrarse allí tan bien como en cualquier otra parte y, en verdad, como estaban las cosas no había otra parte donde hacerlo. Los fascistas habían conseguido una salida al mar y el campo de entrenamiento de los internacionales en el sur tuvo que ser abandonado; un nuevo recluta (y Lardner era el único que se había presentado, el último de los internacionales) debía hacer su aprendizaje en el frente o en ninguna parte.

Así pudo este joven singular y obstinado salir con la suya e incorporarse al batallón. Cuando nos despedimos no sólo me dió todas sus cosas sobrantes (ya me las había dejado al irse a Badalona) sino cuanto poseía. Le hice notar que algunas de esas cosas, como los cigarrillos y las sardinas, serían bien recibidas en el batallón. «No voy allá para repartir regalos» — subrayó finalmente por toda respuesta. Y se fué nada más que con lo que llevaba puesto.

Después dejé de verlo por algún tiempo. Salí de Barcelona para París y sólo estuve de regreso por unos días camino de Madrid. Al mes siguiente no supe de Lardner otra cosa que su buen comportamiento y el aprecio que merecía a los muchachos del batallón. Eran buenas noticias, porque su cautela y timidez no parecían muy indicadas para la compañía en que ahora se encontraba. Había en el batallón toda clase de representantes de la progenie americana, un material admirable en conjunto. En tal sentido no era posible hallar en ninguna parte nada mejor que hombres como Wolff, Lamb y otros. Pero también había algunos tipos de presa en la 15.ª Brigada, niños muy difíciles por cierto. Yo me había preguntado a veces cómo se las arreglaría Jim con ellos; su experiencia de la vida era distinta; Andover y Harvard no eran la mejor preparación para tratarlos. Había en Lardner algo suave y tranquilo que no parecía lo más a propósito para las amenidades sociales de la brigada. Por ejemplo esto: nunca le oí usar a Jim un lenguaje procaz y el vocabulario

corriente de la brigada lo era en alto grado. No es que fuera incapaz de afrontar, digamos, una pelea, porque era valiente y mucho más fuerte de lo que parecía. Donde yo pensaba que podía sentirse extraño era en la vida cotidiana del batallón, por sus hábitos, pensamientos y expresiones tan ajenos a los suyos.

Me había equivocado desde un principio. A él le gustaba y el batallón se encariñó con él casi al conocerlo. Posiblemente anduvo callado las primeras semanas hasta orientarse. Era su costumbre. Mas cuando estuvo al tanto de las cosas y de los hombres que lo rodeaban, y estos lo vieron ansioso y dispuesto a hacer el trabajo que de tan lejos había venido a cumplir, no pudieron menos que rendirle espontáneamente su afecto y su respeto.

El batallón acampaba en esas colinas llenas de sol detrás de Mora la Nueva, restañando sus heridas, integrándose con otras levas españolas, haciendo ejercicios, reequipándose, descansando a fin de estar listos para una nueva acción que, probablemente, sería la última, según los rumores que corrían por todas partes, en las brigadas y en Barcelona. No estaba claro en donde iba a descargarse esa acción. Al parecer, el cuartel general planeaba una ofensiva hacia Lérida y la 15.ª Brigada (compuesta por la 35.ª división y la mayor parte del 5.º Cuerpo del Ejército), fué transferida a la parte alta de Barcelona, en el camino a Lérida. En los primeros días de Junio, después de mi regreso de Madrid, me fuí hasta allá para visitar al Batallón Lincoln que tenía su cuartel en unas caballerizas, cerca del pueblo de Mollerusa. Joe North y yo llegamos a tiempo, pues habían recibido la orden de partir aquella tarde. Aun ignoraban adonde; pero resultó que regresaron a Mora la Nueva. La idea de la ofensiva a Lérida fué abandonada y en las semanas siguientes pudo verse la preparación serena y completa para el gran ataque final a través del Ebro, en Julio.

Los americanos estaban bullangueros como de costumbre, porque habían tenido tiempo demás para alimentarse y des-

cansar después de los desastres de principios de Abril. La inacción los tenía aburridos y se hallaban dispuestos a lo que viniera; por lo que sabían, la orden de ponerse en marcha significaba entrar en fuego y esto les daba cierta ansiedad que apenas contenían. Wolff me dijo que podría encontrar a Lardner en la 3.^a Compañía, que tenía su cuartel a diez minutos de camino de donde estaban las casas del Estado Mayor. Me fui por una ladera y encontré las caballerizas que ocupaba la 3.^a Compañía. El centinela me dijo que estarían de vuelta de un momento a otro para el rancho. Se habían ido a hacer ejercicios al campo. Asomaban ya a la distancia.

Los ví llegar, sucios, rotos, sin afeitar y contentos, marchando libremente en filas de a cuatro (no sé si sabían hacerlo de otro modo). Estaban como siempre hambrientos. Yo sabía lo que iban a darles porque el camarada Archer, el enorme cocinero negro del batallón, nos hizo probar a Joe y a mí el rancho un momento antes: *bacalao* disimulado en tal forma que parecía casi cangrejo.

Varios de los hombres que venían cantando a grandes voces en las filas eran conocidos míos. En nada recordaban ya ese grupo desesperado que seis o siete semanas antes había cruzado de vuelta el Ebro; no dejaron de aprovechar el intervalo. Yo buscaba a Lardner sin dar con él. Por último, lo divisé casi al final de la columna y durante un momento no estuve muy seguro de que fuera él: tan irreconocible andaba. Por lo pronto, le faltaban los anteojos y su vista, demasiado débil, lo obligaba a mantener los ojos semicerrados. Pero lo que más extraño lo hacía era la barba hirsuta y la rotosa vestimenta. Lo había visto la última vez con su uniforme flamante: ahora usaba una camisa caqui muy sucia y unos descoloridos pantalones destrosados. Llevaba metidos los pies sin calcetines en unas *alpargatas* de lona. Era tan corto de vista, que tampoco me reconoció al principio. Cuando lo hizo, su ancha sonrisa y su exclamación mostraron que después de todo no había cambiado mucho. La Compañía

rompió filas y el corrió barranca abajo hacia la caballeriza. Ante todo, le dí sus nuevos anteojos que lo pusieron tan contento como a un náufrago el bote salvador. Había estado sin anteojos durante varias semanas, porque el óptico de Barcelona que tenía su receta, tardaba una eternidad en hacérselos. Cómo se las arregló Lardner sin anteojos para manejar el fusil y la ametralladora es algo que nunca lograré explicarme. Sin embargo, no lo había hecho mal. Fuimos hasta el rincón de la caballeriza donde él se alojaba y nos sentamos en la paja. Descontando la barba y los harapos Lardner impresionaba muy bien y no cabía duda de que, como me lo dijo indirectamente, se sentía más feliz en el batallón que fuera de él. Es extraño; pero no dejaba de ser así. Le hice entrega de varias cartas de sus parientes y una de Walter Kerr. Las leyó inmediatamente con sus anteojos nuevos. Conversamos en forma deshilvanada de ésto y aquéllo. Le pregunté si deseaba algo de París, adonde yo iba a ir dentro de un par de días. No se le ocurría qué pedirme y le gritó a otro muchacho de su escuadrón:

— Eh, Tony — o tal vez Joe o Bill — ¿me hace falta alguna cosa?

El otro respondió con gravedad:

— Sí, creo que necesitas chocolates, ¿no es cierto?

Jim sonrió y dijo:

— Sí, creo que me hace falta chocolate, si es que se acuerda usted de eso.

Le pregunté qué hizo de toda su linda ropa de Barcelona. No era posible que la hubiese gastado tan pronto. Algo avergonzado, me confesó que la había cedido de a poco; era demasiado fina.

No pudimos conversar mucho porque ya era tarde; la compañía debía almorzar y nosotros volver a Barcelona. Pasé de nuevo por el Estado Mayor donde Milt Wolff nos dió un trago de vino tinto y yo canté a dúo (me parece que *Sweet Adeline*) con un tal Brandt de la infantería. Después, Joe y yo nos volvimos en auto a Barcelona.

No había leído hasta entonces *La roja insignia del valor*. Meses después cuando lo hice, el Joven Soldado de Crane me recordó una y otra vez a Lardner. Era la historia del «hombre no probado» como decía Conrad, pues el muchacho de Crane es un tipo universal y Lardner lo era asimismo con diferencias locales. Culto e inteligente, Lardner tenía vivo interés en una cantidad de cosas que sobrepasaban la órbita del Joven Soldado de Crane. Tenía también, para su edad, un considerable conocimiento del mundo por haber trabajado en un diario de Nueva York y vivido en París. Pero esencialmente era el Joven Soldado con bastante fe en algo como para luchar por ello y sin embargo — en el momento crucial — dudaba de su propia capacidad para hacerlo; con el corazón encogido escuchaba la plática de aquellos que conocían los peligros de la guerra y se torturaba especulando cómo lo afectarían a él; y finalmente descubría con sorpresa y placer (tal vez en un principio con incredulidad) que podía soportarlos tan bien como cualquiera o quizás mejor. Puede que su determinación se debiera en parte al sentimiento de que debía descubrirlo ahora y no más tarde. Había, por cierto, algo de esto en su obstinada voluntad para luchar por la República, pues objetivamente (como bien lo comprendía él a su manera fresca y moderna) le sobraba fundamento a nuestra argumentación en contra. Las razones subjetivas eran de aquellas que ninguna otra persona puede desentrañar completamente; pero deben haber sido tan poderosas como su deseo primario de asestar su propio golpe al fascismo. Lo que no lo hacía excepcional, sino representativo de un fenómeno mucho más amplio, era el modo en que se mezclaban lo objetivo con lo subjetivo para que sus razones personales no pudieran separarse de los propósitos sociales, a cuyo servicio estaban totalmente. En las Brigadas Internacionales había quizá cientos de hombres que pasaron por un proceso muy semejante y en un sentido más amplio — no sólo en la guerra activa sino

en la lucha contemporánea en su totalidad —; el impulso creador de la juventud contra la reacción se produce de manera similar en una escala aun mayor en todas partes. La pasión por la justicia no es nada nuevo; la generosidad de la juventud, entregando su vida bravamente por aquello en que cree, ha sido siempre la fuerza principal de los movimientos políticos así como de la misma guerra; pero aquí lo nuevo es el aliento y alcance de la intención, la inmensa voluntad colectiva en la que se derrama la voluntad individual, sin consideración de barreras nacionales, patriotismo tradicional, origen o clase. La lucha en España, que abarcaba todo lo progresivo desde el centro de la Derecha hasta la extrema Izquierda en una batalla de vida o muerte contra los ejércitos del fascismo coaligado, encendió rápidamente la imaginación de los jóvenes como Lardner en todo el mundo y muchos miles de ellos, que nunca habían participado en ningún movimiento político, que no eran socialistas ni comunistas, ni miembros de las organizaciones gremiales de la clase obrera, hallaron su camino alistándose de parte de la República. Los comunistas fueron, como se ha reconocido a menudo en tono acusador, los organizadores de las brigadas; esto habla inmensamente a favor de ellos; pero las brigadas tuvieron una significación que sobrepasaba los límites de cualquier partido, así como ignoraban las fronteras de los mismos estados políticos. El espíritu juvenil, empujado de lo individual a lo colectivo, y lleno de amargura y de cólera ante la extensión de la tiranía totalitaria en Europa, encontró aquí un organismo que encarnaba un anhelo de lucha que sólo podía resolverse con las armas en las manos.

La revolución española había sido detenida y convertida en guerra mediante un movimiento contrarrevolucionario tan intensamente cruel y medioeval en su espíritu como poderoso y moderno en su equipo material. Todos los Lardner del mundo no pudieron, pues, aguantar más el cruzamiento de brazos ante el espectáculo. Las brigadas estaban preparadas para recibirlos. Ellos no eran de ningún modo «engañados

del Comintern»; sabían muy bien hasta qué punto éste había contribuído a su nacimiento; pero se acogieron al único organismo que los había interpretado, para dar el golpe juntos.

En los primeros días de Junio viajé durante unos meses por Inglaterra, Austria, Checoslovaquia y estuve en París y Evian, persiguiendo algún elemento que contrastara el sistema de bluff y chantaje que había hipnotizado a toda Europa fuera de España. De cuando en cuando tenía noticias de Lardner y en ocasiones le hice llegar alguna carta o paquete de sus relaciones de Norteamérica. Había sido ascendido a cabo en el batallón. La misma noche después que lo ví por última vez, mientras volvía con su regimiento de Molle-rusa al Ebro, compuso una marcha con música del *Ti - willow*. Era lo bastante graciosa y picaresca como para hacer reír a la 3.ª Compañía. Fué fijada junto al periódico mural en el cuartel del Ebro. Parece que a partir de entonces Lardner se convirtió en uno de los tipos favoritos del batallón. Su timidez había desaparecido y su natural sentido del humor combinado con su buen genio y su aguda visión del ridículo hacíanlo ocurrente sin lastimar indebidamente a nadie. (Creo que esta fluidez de su espíritu se debía en parte a sus anteojos nuevos; pero una explicación material no basta). Lardner era también lo que se llama «un buen soldado», cosa que no era posible afirmar de todos sus compañeros. Cuando la ofensiva del Ebro estuvo lista y se dió por fin la orden de ataque en las primeras horas de la mañana del 25 de Julio, Jim era ya considerado en el batallón y esta acción lo elevó aún más.

La ofensiva del Ebro fué bien planeada y organizada. En Mora se tendió durante la noche un puente sobre el río (un puente preparado de antemano, pieza por pieza, como el de los Meccanos con que juegan los niños) y el 5.º Cuerpo lo cruzó antes de que los fascistas se dieran cuenta. El otro lado del río no estaba bien defendido: los moros, navarros e italianos, principal fuerza del ejército fascista, se habían dirigido en las últimas semanas hacia el sur en un esfuerzo por alcanzar Valencia. Las tropas republicanas pudieron

llegar a las vecindades de Gandesa antes de ser detenidas. Allí en los mismos cerros que la primavera anterior no pudieron conservar, se atrincheraron y se quedaron. Todo el ejército fascista se volvió para desalojarlos, y la aviación italiana y alemana aumentó a un número no visto hasta entonces. Pero ellos siguieron donde estaban. La acción fué, por así decir, «ofensiva - defensiva», puesto que su principal objetivo era desviar el ataque fascista a Valencia. Lo que se consiguió. La embestida hacia el sur fué completamente detenida, y el nuevo frente requirió todo el tiempo, dinero y fuerzas de la junta fascista hasta el final del otoño.

También durante esta gran acometida Jim mereció la buena opinión de su Compañía; por entonces, a una semana más o menos de la acción, se le ascendió a cabo. En Agosto fué herido y devuelto del Ebro para su curación. Según su propio testimonio en carta a Walter Kerr, las cosas ocurrieron del modo siguiente: había recibido el encargo de llevar unos prisioneros hasta Mora. Iban pacíficamente por el camino, cuando Jim vió en un árbol unas apetitosas manzanas; ordenó un alto para treparse y coger tantas como pudiera. Mientras estaba trepado, un destacamento de la aviación fascista bombardeó el camino. Una bomba de 50 kilos explotó en el campo y las esquirlas alcanzaron a Jim en el muslo. Descendió del árbol con heridas que debieron mantenerlo alejado durante el resto de la ofensiva.

Aquí una vez más su obstinación fué evidente. Después de los primeros días en el hospital empezó a clamar por su regreso al frente. Sus heridas exigían que se le retuviera y en realidad se le retuvo alrededor de treinta días — tiempo que a él le pareció demasiado largo. En una carta que me escribió en su último día de hospital, se me quejaba de tan excesiva solicitud con su habitual mezcla de buen humor y mordacidad. Probablemente, sospechaba la verdad: que los oficiales de la brigada y el cuerpo médico, lo mismo que las autoridades de las B. I. de Barcelona, cinco meses atrás, trataban de mantenerlo fuera de la zona de peligro el mayor

tiempo posible. Su mala vista era ya bastante motivo para que quisieran alejarlo del frente; pero en ese tiempo todos conocían ya la historia de su alistamiento — cómo había llegado cuando no se aceptaban ya más voluntarios, cómo había logrado entrar al batallón a fuerza de una obstinada insistencia — y sentían una especie de inclinación protectora hacia el último de los internacionales.

Estas consideraciones primaron, por cierto, sobre la fundamental desde un principio, para fortuna o desgracia de Jim, su salvación o su pérdida: era el hijo de Ring Lardner. Ring Lardner conservaba como escritor un lugar muy especial en el corazón de muchos norteamericanos y nadie quería que su hijo corriera más riesgos de los necesarios. Jim probablemente sospechaba (o sabía) todo esto sin que se lo dijeran y se empeñó en volver al frente a pesar de ellos. En Septiembre tuvo unos cuantos días de licencia en Barcelona; sus heridas cicatrizaban y el comandante de la brigada no tenía más pretextos que invocar, para mantenerlo alejado. Lardner volvió justamente cuando la marejada era más alta y los fascistas arremetían contra el ejército republicano con recursos inmensamente superiores. Era poco antes de que fueran retiradas las Brigadas Internacionales de todos los frentes para licenciarlas.

Yo estaba entonces en Praga, y aunque el pensar en España era insistente — casi una necesidad vital — en aquellas semanas psicológicamente horribles, las noticias de la Península eran escasas. No supe nada de Lardner hasta mi regreso a París a mediados de Octubre. Mi plan era pasar sólo unos días en París y volver a España, no con fines profesionales o en busca de material periodístico, sino con el propósito personal de asegurarme que aun existían hombres que conservaban su dignidad. Durante aquellos pocos días de París oí primero que Lardner había muerto en el Ebro; enseguida que fué capturado por los moros y asesinado; después, que fué herido y hecho prisionero por las tropas fascistas en uno de cuyos campos estaba. En ninguna de estas historias podía creerse

con seguridad. La Embajada norteamericana de San Juan de Luz había hecho todo lo posible por intermedio de sus relaciones en la España fascista para revisar las listas de prisioneros de los distintos campos; pero sin dar con el nombre de Lardner en ninguna de ellas. Se suponía que su muerte o captura había ocurrido unas tres semanas antes y la gente de la Embajada empezaba a creer que era muy poco probable que Lardner estuviera vivo todavía.

Yo no sabía (y no sé aún) hasta qué punto era eficaz el sistema de identificación de prisioneros que tenían los fascistas. A lo mejor era posible que Lardner estuviera durante meses en uno de esos campos sin figurar en las listas de sus oficinas generales. Por otro lado, yo sabía que llevaba su pasaporte y también cartas y otros papeles de identificación. Además, los prisioneros norteamericanos no eran tan numerosos como para dejar de atraer la atención de los fascistas por elástico que fuera su sistema en la captura de «rojos». Si no lo habían fusilado inmediatamente como acostumbraban (sobre todo, moros y navarros), quedaba la posibilidad de que los *señoritos* de Burgos conservaran su vida en prueba de su status civilizado.

La mejor manera de averiguarlo era ir a España. Días más tarde tomé pues de nuevo el de las ocho y cuarto a Perpignan, y desde Barcelona fuí con Herbert Matthews al campamento de la 15.^a Brigada (esto es, la de los británicos, norteamericanos y canadienses) en Ripoll, Cataluña. Las Brigadas Internacionales habían sido retiradas de todos los frentes el 26 de Septiembre de acuerdo con la promesa del Primer Ministro, Dr. Negrin, tres días antes en Ginebra. Una comisión de la Liga de Naciones se hallaba ahora en Barcelona supervigilando la desmovilización y repatriación de estas unidades. Los batallones de habla inglesa fueron acuartelados en Ripoll; los franceses, belgas, checos y alemanes en lugares muy distantes de los frentes en que habían luchado tan bravamente. Sus unidades — las divisiones 35.^a y 45.^a del 5.^o Cuerpo del Ejército; la Brigada 15.^a, que incluían los

batallones de lengua inglesa, formaba en la 35.^a División — fueron llenadas con españoles, si bien conservando los viejos nombres. Así, el Batallón Lincoln llevó este nombre cuando ya no quedaban norteamericanos en él. Sólo un día antes de mi llegada a Barcelona, la ciudad había dado su adiós a las brigadas en la ceremonia más conmovedora de la guerra. Los internacionales desfilaron por las calles embanderadas y cubiertas de flores; las muchachas de Barcelona rompieron muchas veces las líneas para besarlos; las unidades españolas marcharon con su equipo de guerra completo; los internacionales, desarmados, como habían llegado a España. Nada faltó: ni vivas, ni lágrimas ni discursos; hasta el Presidente de la República, Manuel Azaña, ocupó su lugar en el palco central para despedir a los hombres que uno o dos años antes salvaron a su gobierno. (Creo que fué la última vez que apareció en público como Presidente). Los muchachos volvieron a sus campos para esperar que la comisión de la Liga de Naciones los contara antes de repatriarlos.

Ripoll es una pequeña ciudad de empinadas calles verticales, en las hermosas laderas de los Pirineos. Su iglesia que databa del siglo XI estaba tan cuidadosamente protegida por sacos de arena que apenas podía vérsela. Encontramos aquí, entre otros, a Malcolm Dunbar y a Milton Wolff; Wolff me contó exactamente lo que le había ocurrido a Lardner.

Era a eso de las 11 de la noche del 23 de Septiembre — la última noche que el batallón pasó en la línea. Estaban defendiendo la posesión del cerro 281 en Corbera, cuando se produjo un cambio en el cerro 376 al noreste. Lardner fué mandado con dos compañeros, un español y un norteamericano, para establecer contacto con la unidad que se suponía estaba en el cerro 376. La noche era muy oscura. Lardner tomó hacia el noreste; mas en la oscuridad viró hacia el norte. A los pies del cerro que él creía que era el 376 se detuvo a escuchar y oyó ruido de palas. Instruyó a Tony Novakovsky el norteamericano, para que lo aguardara al pie del cerro con el camarada español, mientras él subía a ver quién lo ocu-

paba. Así lo hicieron y Lardner tomó la cuesta. Al llegar cerca de la punta se oyó un grito y Lardner dió el quién vive en español. Estallaron unos gritos salvajes seguidos de fuego de ametralladora y granadas de mano. Los fascistas del cerro, inseguros en la oscuridad, arrojaron tanto fuego como para repeler un ataque. El español que aguardaba al pie, fué muerto. Tony Novakovsky, más resguardado salió ileso. Estuvo escondido mucho rato (casi dos horas); pero Lardner no regresó. Entonces se volvió al cerro 281 para dar su informe. Al parecer, hubo aquella noche suficiente fuego de ametralladora y granadas de mano como para matar a toda una compañía en aquel cerro; los oficiales después de interrogar a Novakovsky, no tuvieron dudas de que Lardner había caído muerto instantáneamente.

Milt, que me contó todo esto, no sabía cómo pudieron originarse las rumores sobre la captura de Jim. Nada en la historia de aquella noche les daba asidero. Los fascistas se apoderaron de ambos cerros (el 376 y el 281) al día siguiente y no fué posible rescatar los cadáveres. A la tarde siguiente, 24 de Septiembre, el Batallón Lincoln fué retirado de las líneas y enviado a Ripoll para su repatriación. Lardner, el último voluntario en alistarse, fué también el último en caer muerto.

Traducción de Catiucha



La adhesión de mi corazón es simple y hago más estas palabras de La Bruyère quien, después de haber pintado en paralelo al pueblo y los «grandes» exclama: «¿Hay que optar? No vacilo: quiero ser pueblo.»

De todo corazón, puesto que hay que optar, y sin titubear, con el admirable pueblo español contra los intereses de los Grandes de España.

ANDRÉ GIDE

La rama y el retoño

Venís desde muy lejos... Mas esta lejanía
¿qué es para vuestra sangre que canta sin fronteras?

RAFAEL ALBERTI.

En la retirada de Cataluña nos tocó albergarnos en una rústica posada a pocos kilómetros de Figueras. En el cuarto de arriba encontramos camas limpias y en el rincón había un lavamanos con palangana y jofaina. Era como volver a la vida civilizada, mas por encima de todo queríamos comer algo. Pedimos cena a la posadera, pero nos contestó que nada podía darnos. — No tenemos bastante ni para nosotros mismos — se excusó en catalán.

Bajamos, pues, al zaguán para calentarnos un poco. La chimenea estaba encendida y sobre los leños colgaba un caldero con agua caliente para los huéspedes que traían provisiones propias. En el tosco suelo de tierra apisonada estaban sentadas algunas personas. Esperamos encontrar compañía y conversación y disipar la tristeza de aquellos días. Saludamos a los presentes y estiramos las manos hacia el fuego.

Algunos contestaron a media voz y de mala gana. No parecía ser el momento para trabar amistades. Un hombre muy alto nos sonrió sin decir palabra. Llevaba boina como todos y su ropa, vagamente militar, era la del país. Pero, a juzgar por su corpulencia y sus ojos azules, parecía extranjero. Un «internacional», pensamos. A su lado tenía un niño.

Nadie hablaba ni se movía. El silencio se prolongaba y llegaba a lo insoportable hasta que algún chisporroteo del

hogar, más ruidoso que otros y seguido de una llamada más viva, lograba aflojar la tensión hasta la vez siguiente. Miré al hombre que nos había sonreído y sentí una súbita simpatía por él y por el niño. No debía ser suyo; era un niño español, de pelo rizado. Tendría unos ocho años y estaba demacrado como todos los niños españoles en la guerra. Sus facciones infantiles eran serias como las de un adulto. Pero había ternura en sus ojos cuando miraba al hombre. Y con la misma ternura miraba el hombre al niño.

Entró un grupo nuevo, ruidoso y seguro de sí. Resultaron ser gente conocida. Llegaban en coche, traían comida y nos invitaban a cenar.

La posadera arregló una mesa junto a la pared y sobre el mantel apareció pan blanco y manjares echados de menos durante largo tiempo. Nos sentamos a charlar y tomar vino, de espaldas al hosco grupo junto a la chimenea. Reinaba camaradería y las penas pasaron al olvido. Al presente había algo de comer y el futuro era incierto para todos por igual.

Al tomar el primer bocado me acordé de pronto del internacional y del niño y al punto me volvió toda la congoja anterior. La guerra, ciertamente, nos había curado de sentimentalismos, así que ningún escrúpulo de conciencia atajaba mi apetito. Pero no pude alejar la impresión que me había causado la pareja a mis espaldas. Comer ahora me parecía un atentado a la reciente solidaridad del hambre. Pasar privaciones en común resulta a veces más reconfortante que hartarse uno solo. Me sentía miserable e indeciso. Expuse, pues, la situación a mis anfitriones y les pedí permiso para compartir mi pitanza con los dos refugiados.

Asintieron sin entusiasmo, pero me concedieron más de lo solicitado. Me dirigí al hombre y le hablé.

No sabía castellano, de modo que continué en alemán. Aceptaba la comida agradecido, por el niño. El podía aguantar. Toda la vida había estado a media ración. Era obrero

portuario de Hamburgo, comunista, como era de esperar. Por eso pasó algunos años en prisión. Los nazis volvieron a prenderle y le torturaron hasta que logró escapar a Francia. Trabajó de minero en la región de Lille, tenía mujer e hijo, estuvo de nuevo en la cárcel, volvió a la mina — ya sabes, la vida de un obrero—. Se alistó en las Brigadas Internacionales tan pronto como pudo. La familia quedó en Francia. Pensaba llevarla a España después de ganada la guerra. Ahora había perdido contacto con su grupo de voluntarios. Iba a donde iban todos — camino de la frontera —.

¿Y el niño?

Me contó su historia. Su unidad internacional, licenciada por el gobierno, acampaba en un pueblo. Allí hizo amistad con una familia. El padre estaba en el frente, de modo que él ayudaba a la mujer y jugaba con el chico. En un ataque aéreo una bomba destruyó la casa y mató a la madre. El padre estaba precisamente de permiso por un día y ahora tenía que regresar a las trincheras. — Dios sabe lo que va a pasar aquí — dijo el padre—. Parece que los fascistas van a ganar. Este chico no tiene ni casa, ni madre, ni padre tampoco, pues yo tengo que irme. Llévale al extranjero y haz de él un hombre libre y que aprenda un oficio. Aquí, con Franco, no sería más que un monaguillo primero y una bestia de carga por el resto de su vida. No hemos luchado para esto. Y si hubiéramos de ganar todavía, ya volverá contigo y con tu mujer y con tu chico, pues habrá en España sitio para todos.

El hombre contaba la historia con voz pausada, en dialecto hamburgués, no siempre comprensible para mí. Con su navaja de bolsillo cortaba limpiamente el pan y preparaba gruesos bocadillos para el niño, pero éste no quería comer nada mientras el hombre no se reservara otro tanto. Era un forcejeo sin palabras en que los ojos negros del chico seguían el reparto de la comida y los azules del grande miraban con ternura infinita al pequeño.

Pasamos la noche en la posada y al bajar, a la mañana siguiente, el internacional y el niño se habían ido y no les volvimos a ver más. Años de derrota y amargura han transcurrido desde entonces, pero recuerdo a aquellos dos más vivamente que los grandes acontecimientos con que se teje la historia. Porque en este cariño entre el obrero alemán y el niño español, en esta confianza de un padre hacia un extranjero que no habla su lengua, creo hallar más solidaridad que la que nace en el fragor de las batallas.



El valor incomparable del combate español proviene de que los acontecimientos se formulan en él con nitidez casi simbólica. La lucha de un pueblo desprovisto hasta entonces de todos los conocimientos y de todas las técnicas modernas, contra todas las internacionales de opresión, contra todas las potencias europeas y mundiales (cristianismo, capitalismo, pseudodemocracias liberales), reviste una apariencia homérica en que late el nacimiento de un mito. Característica es la llegada espontánea de combatientes de todos los países del orbe; no de los especuladores — ambiciosos los habrá habido ciertamente —, sino de todos los desesperados, de cuantos sufren; estos desdichados habían reconocido en ese drama su propio drama, su última esperanza en la tierra de un vivir a la postre humano.

PIERRE MABILLE

ARTHUR KOESTLER.—Escritor húngaro, corresponsal del *News Chronicle*, de Londres, en la zona rebelde de España, donde fué detenido y condeñado a muerte por los fascistas. El gobierno inglés consiguió libertarlo. Ha escrito entre otras obras: *España ensangrentada* y *Un testamento español*. Las páginas que encabezan este número pertenecen al primero de los libros nombrados.

LUIS FRANCO.—Poeta y escritor argentino. Sus mejores versos fueron reunidos en un lujoso volumen con ilustraciones por la Editorial Kraft de Buenos Aires. Después de una biografía de Walt Whitman (*Americalee*), acaba de publicar: *El otro Rosas (Claridad)*. Invitado por el Departamento de Extensión cultural dará en breve varias conferencias en la Universidad de Chile.

JUVENCIO VALLE.—Su último libro: *Nimbo de piedra* (edición *Cruz del Sur*) obtuvo el primer premio de poesía en el certámen del cuarto centenario de Santiago. Ha escrito numerosas crónicas sobre la guerra civil en España. Prisionero de los fascistas, fué libertado a instancias del gobierno chileno.

MANUEL ROJAS.—Autor de *Hombres del Sur*, *Travesía*, *Lanchas en la bahía*, *La ciudad de los Césares*, *De la Poesía a la Revolución*, etc. Fué presidente durante varios períodos del Instituto cultural chileno-español y en repetidas ocasiones ha escrito acerca de los sucesos de la Península. Véase su artículo «España otra vez», BABEL número 22 (páginas 11-14).

BERNARDO CLARIANA.—Joven poeta español de la nueva generación. Desterrado actualmente en Nueva York donde colabora en *The Nation* y demás periódicos liberales. Ha traducido a Catulo y otros clásicos latinos. Prepara su primer libro de versos aparecidos en *El Mono Azul* y *Hora de España*. El poema que publicamos es un fragmento de uno titulado: *Noviembre*.

VINCENT SHEEAN.—Norteamericano. Autor de *Personal History*, *Gog and Magog* y *Not Peace but a Sword*, libro al que pertenecen las páginas sobre «El último voluntario», que publicamos ligeramente abreviadas. Esta obra que contiene capítulos sobre Madrid y El Ebro, merece ser traducida íntegramente a nuestro idioma. (*Doubleday, Doran and Company*).

MAURICIO AMSTER.—Voluntario desde el primer día en las Milicias Populares, fué posteriormente llamado al Ministerio de Instrucción Pública para dirigir las publicaciones del mismo. Más de cien mil soldados del ejército republicano aprendieron las primeras letras en su *Cartilla escolar antifascista*. Es suyo el dibujo que aparece en la tapa del presente número.

ENRIQUE ESPINOZA.—Director de BABEL desde su fundación en Buenos Aires. (Abril de 1921). Autor de *Compañeros de viaje*. (Nacimiento). *Chicos de España* y *El espíritu criollo* (en prensa).

ALGUNOS NUMEROS ESPECIALES DE BABEL

15 | 16.—HOMENAJE A LEON TROTSKY

LEÓN TROTSKY / *Retrato y autógrafo*.—ENRIQUE ESPINOZA / *Los escritores frente a León Trotsky*.—LUIS FRANCO / *Vida y muerte de Trotsky*.—ERNESTO MONTENEGRO / *Trotsky, maestro de conciencias*.—CIRO ALEGRÍA / *Perfil de un revolucionario*.—MANUEL ROJAS / *El último combatiente*.—EDMUND WILSON / *Rol de Trotsky en la historia*.—JAMES T. FARRRELL / *Tributo al gran viejo*.—DWIGHT MACDONALD / *Intento de apreciación*.—Páginas escogidas de Trotsky.

N.º 18.—HOMENAJE A GUILLERMO ENRIQUE HUDSON

ENRIQUE ESPINOZA / *La reconquista de Hudson*.—LUIS FRANCO / *Hudson en la Pampa*.—MANUEL ROJAS / *El animismo de Hudson*.—ERNESTO MONTENEGRO / *Hudson, novelista de la Naturaleza*.—HERNÁN GÓMEZ / *Por el rastro de Hudson*.—CIRO ALEGRÍA / *Una lección de Hudson*.—Páginas escogidas de Hudson.

N.º 26.—SOBRE LA CUESTION JUDIA

WALDO FRANK / *El judío en nuestro tiempo*.—B. SANÍN CANO, ERNESTO MONTENEGRO, ARTURO CAPDEVILA, J. GARCÍA MONGE, VÍCTOR SERGE / *Sobre la cuestión judía*.—JEAN MALAQUAIS / *Marianka* (cuento).—GUSTAV REGLER / *Los niños del Ghetto* (versos).—JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI / *El renacimiento judío*.—ENRIQUE ESPINOZA / *Mester de Judería*.

N.º 28.—LA GENERACION CHILENA DEL AÑO VEINTE

CARLOS VICUÑA / *El año veinte*.—SANTIAGO LABARCA / *La generación del año 20*.—EUGENIO GONZÁLEZ / *Juventud veinteañera*.—DANIEL SCHWEITZER / *Juan Gandulfo*.—MANUEL ROJAS / *Recuerdos de José Domingo Gómez Rojas*.—GONZÁLEZ VERA / *Estudiantes del año 20*.—ENRIQUE ESPINOZA / *Colofón*.

N.º 36.—HOMENAJE A VICENTE PEREZ ROSALES (en preparación)

BABEL

Revista de Arte y Critica

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,
Lafn Diez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número. \$ 10 m/ch.

Suscripción a 6 números. \$ 50 m/ch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número. 0,35 u/s.

Suscripción a 6 números. 1.80 u/s.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Sigo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

EDICIONES «LETRAS DE MEXICO»

Publica Mensualmente:

EL HIJO PRODIGO

Revista Literaria

Fundador: OCTAVIO G. BARREDA

Director: XAVIER VILLAURRUTIA

Tarifa

En México, Centro y Sudamérica *En otros países*

Precio del ejemplar. \$ 1.50 MEX. Dlls. 0.50

Suscripción anual (12 núms.). . . \$ 15.00 MEX. Dlls. 5.00

ADMINISTRACION

Palma 10, Desp. 52. Apartado Postal 1994. México, D. F. MEXICO

Optica ROTTER

CASILLA 72

AHUMADA 268 — SANTIAGO

CORRECTA PORQUE ES
P E R F E C T A

KERRY
CAMISAS

LIBROS DE AUTORES ESPAÑOLES

En la Biblioteca Zig-Zag

EL CABALLERO DE OLMEDO, por Lope de Vega. Entre las creaciones dramáticas del Fénix de los Ingenios, esta es una de las más bellas e impercederas por su argumento y por la poesía que contiene.

PAGINAS ESCOGIDAS, de José María de Pereda. Tipos, escenas y paisajes de mayor fuerza y relieve y que constituyen los trozos más bellos de las novelas del escritor montañés.

OBRAS, de Garcilaso de la Vega. Las poesías completas del gran lírico español, según la autorizada edición de Azara. Las églogas, las canciones, los inolvidables sonetos, las elegías y epístolas.

LEYENDAS, por Gustavo Adolfo Bécquer. Plenamente romántica, impregnada de la evocación, el misterio y la pasión más profunda, son estas historias, obras maestras de la narración fantástica y popular.

POETAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS, selección de R. E. Scarpa. La primera de una serie de antologías breves, que mostrarán el desarrollo de la lírica más reciente de habla española.

VIDA DEL BUSCON, por Francisco de Quevedo. Es una de las obras más famosas y clásicas del más ilustre polígrafo de su tiempo, donde demuestra la calidad narrativa de su estilo.

LAS MOCEDADES DEL CID, por Guillén de Castro. Edición crítica de la obra que inspiró a Corneille para **LE CID**, y que es una de las más altas creaciones del gran arte dramático español.

RIMAS Y CARTAS, por Gustavo Adolfo Bécquer. Poesía inmortal es esta, que no sufre desmedro con el paso de los años y que continuará siendo una inolvidable fuente de emociones.

CADA VOLUMEN: \$ 10.— M|CH. EN EL EXTERIOR: US. \$ 0.40.—

*En todas las buenas librerías. Para Chile remitimos
contra reembolso sin gastos de franqueo para el comprador.*

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.

Casilla 84-D.

Santiago de Chile